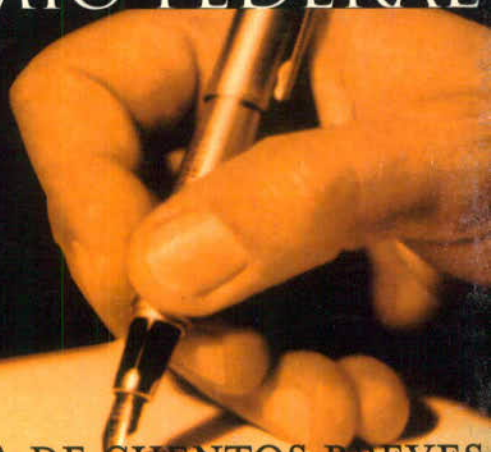


# CONCURSO PREMIO FEDERAL 2001



ANTOLOGÍA DE CUENTOS BREVES

AUTORES PREMIADOS

 PROGRAMA DE  
CULTURA



CONSEJO  
FEDERAL  
DE INVERSIONES

PROGRAMA  
DE CULTURA  
CONCURSO  
PREMIO FEDERAL  
**2001**



**Renato Peralta**  
**Primer premio**

Cordobés de 75 años, es arquitecto jubilado, docente y "escritor gracias a la vejez y a la P.C." Su lema "Defender el idioma como el alma". Autor de cuentos y novelas, obtuvo premios en varios certámenes, tanto en nuestro país como en el exterior.

**Raúl Jorge Lima**  
**Segundo premio**

Nacido en Concordia, Entre Ríos, en 1940, reside en Santiago del Estero. Es abogado y ex magistrado. Publica artículos y narraciones en periódicos locales, y es autor de varios libros de cuentos. Estudioso de la historia argentina, integró numerosos jurados literarios y presidió la Seccional Santiago del Estero de la Sociedad Argentina de Escritores.

**Carlos Robles**  
**Tercer premio**

Escritor salteño, nacido en 1938. Colabora en diarios y revistas de Salta. Tiene varios libros de cuentos publicados y ha ganado varios premios en la órbita de su provincia.





©2002 Consejo Federal de Inversiones  
San Martín 871 - (C1004AAQ) Ciudad de Buenos Aires  
I.S.B.N.: 987-510-034-X  
Primera edición  
Queda hecho el depósito que marca la Ley N° 11.723.  
Impreso en Argentina

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, ya sea éste gráfico, fotoestático, magnético o electrónico, sin la autorización expresa del Consejo Federal de Inversiones.



---

CONCURSO «PREMIO FEDERAL» 2001  
LETRAS: CUENTO BREVE

---

ANTOLOGÍA DE CUENTOS BREVES  
AUTORES PREMIADOS



La creación artística, aquella que reafirma y nutre constantemente nuestra identidad, requiere canales que permitan su difusión. Con este objetivo es que el Consejo Federal de Inversiones, a través de su Programa de Cultura, pone en marcha acciones que promueven la producción cultural en todas las provincias.

Este libro es fruto de ese accionar. En él, encontramos cuentos de narradores argentinos que, con su particular arte, nos introducen en el goce de reconocernos en sus personajes, paisajes e historias. Estos relatos son los mosaicos que componen el complejo y heterogéneo cuadro de nuestra identidad cultural. Y es ahí donde radica su mayor mérito. Al leerlos, sabemos inequívocamente que tienen la particularidad de ser de estas tierras. Y al ser singulares, únicos, se transforman en universales.

En definitiva, esta publicación es un testimonio de la creatividad inagotable de nuestro pueblo, que alimenta las almas y nos fortalece como nación.

Ing. Juan José Ciáccera  
SECRETARIO GENERAL DEL  
CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES



PRIMER PREMIO  
RENATO PERALTA  
PROVINCIA DE CÓRDOBA

Oscuro maestro Toba - *Cuento premiado*

Extracuerpo

Cena de muerte

Entre caballeros

¿Quién mató a la Lola?

Carne para las llamas

Los enterrados

El canto de la sirena





## Oscuro maestro toba

Deambulo por la ribera del río Negro cuando lo veo por primera vez. Llevo algunos meses en el Chaco, mi familia llegará de un momento a otro. Es muy difícil conseguir vivienda. Estoy preocupado, se me ve en la cara.

«Un toba», como les dicen a los indígenas que andan por la ciudad, se aproxima a mí, en silencio. Estamos callados largo tiempo.

- Vos tenés un problema -me dice.

- Sí -contesto de mal humor.

- Si no me contás lo que te pasa, yo no puedo ayudarte.

Lo miro. Es la imagen de la miseria. Todo su capital son unos canastos tejidos con peladuras de caña que ha apoyado en el suelo.

«Pobres los pobres que precisan de los pobres», pienso. Por educación le respondo.

- Ocorre que va a venir mi familia y no tengo dónde ubicarlos.

- Lo que precisás es una casa, entonces.

- Y, sí...

- ¿Y por qué no te la hacés?

Cruel respuesta para un arquitecto.

Es un puñetazo en la conciencia.

- No es fácil -me justifico-. Se precisa terreno, materiales...

- Lo que pasa, es que ustedes lo complican todo. Siempre hablan de «ustedes» y «nosotros los paisanos».

Vive en una pequeña comunidad aborigen fuera de la ciudad, junto a las vías del tren. Su mujer y sus hijos tienen caracteres indígenas, también las costumbres, la desconfianza, la retracción y el silencio.

Él muestra antecesores más altos, algo español en su lenguaje, cuando habla. Raramente, porque es difícil hacerlo hablar. Pero cada vez que habla me enseña algo concreto.

Se lo digo alguna vez: ¿por qué calla?

- ¿Para qué hablar? Si lo que puedo decir mis paisanos ya lo saben; y a ustedes no les interesa.

En aquel encuentro descubro que a veces estamos inmersos en un problema, como en una nube; creemos que lo conocemos. Cuando lo relatamos a alguien para que lo entienda, recién nos clarificamos. Comprendido el problema, podemos hallar alguna solución. No es que el otro nos dé la solución, la hallamos dentro de nosotros.

Aquella vez, el toba me cuenta que del otro lado del río hay varias casas deshabitadas.

- Ocupá cualquiera. A vos no te van a decir nada. A mí me pondrían preso.

Vamos a verlas. Son pequeñas viviendas «fin de semana» que fami-

lias burguesas de la ciudad construyeron en alguna época. Abandonadas cuando un rancherío las rodea.

Las casas de fin de semana tienen dos grandes momentos: cuando se inauguran junto a los amigos y cuando se las vende y se las saca de encima.

En el ínterin, cada fin de semana se convierte en una obligación preocupante porque cada vez se comprueba que han robado algo, o han ensuciado, o se ha deteriorado. El descanso se convierte en tareas de plomero, carpintero, desmalezado. Las mujeres a limpiar y cocinar para la tropa de parientes, amigos, colados, que huyen a la hora de lavar los platos o guardar cuanto queda tirado afuera.

Con tal experiencia, entrevisto a uno de sus dueños, un caballero generoso que me trata bien.

- Señor, usted tiene una casa fin de semana junto al río...

- ¿Le ha pasado algo? -pregunta con preocupación.

- No -contesto-. Me ofrezco para cuidarla.

- ¿Cuánto me va a cobrar? -pregunta gentilmente.

- Nada, por supuesto.

Explico mi caso, lo comprende. Me entrega la llave. Me pide que no le lleve ningún problema.

La casa tiene muebles, herramientas, un vecino atraca su canoa blanca a los fondos del parque de eucaliptus. Allí vivo un tiempo inolvidable.

A menudo me visitan los «amigos tobas». Pero más los visito yo, voy los domingos para llevarles azúcar.

En aquella época escasea el azúcar, se consigue poca y de mala calidad: azúcar negra. Por amistad, me han llevado una bolsa de cincuenta kilos. Con la humedad y el calor, el azúcar se derrite y escurre por el piso. Para liberarme del charco pringoso que me persigue, resuelvo regalarla. Algo entre los vecinos humildes; y todos los domingos, como un rito, cargo un tarro de azúcar en mi bicicleta y llego al rancherío de los tobas. Había intentado antes, «negociar» con ellos. Me interesan los canastos y las esteras que confeccionan con palmas o una especie de juncos o esparto que las mujeres recogen de las lagunas y con peladuras de caña a fuerza de cuchillo. Difícil es el trato. Intento cambiárselos por ropa usada que llevo desde mi ciudad. Mi madre teje visillos y carpetas al crochet con hilo de algodón; activa y laboriosa, los tales tejidos llenan la casa paterna. Cosas por el estilo cargo en uno de mis viajes. Imposible es llegar a un acuerdo con «los paisanos». Tienen escalas de precios diferentes, según sus necesidades de ese día. Un colega, que dice tener ascendientes indígenas, me da la solución. No intentar comerciar. Hay que regalarles. Ellos no aceptan que uno sea más generoso. Como retribución regalarán lo que tienen. Así es, ay. Con tales instrucciones, voy al rancho de mi conocido accidental, golpeo las manos, dejo el bulto de ropas a la entrada y parto en mi bicicleta.



El mismo hombre, oscuro y callado, llega a la casa que él ha puesto en mi destino. Sin decir nada, en la misma forma, golpea las manos. Deja en la galería de acceso una colección de canastos: grandes, chicos, cilíndricos, cúbicos, con tapas, abiertos, con asas, lisos, cónicos, panzones. Algunos tan grandes que uno puede esconderse adentro.

Este obsequio de canastos se repite sistemáticamente. No tengo lugar para ubicarlos, la casa es chica: un ambiente único con rincones bien diseñados.

Cada vez que voy a su rancho con el tarro de azúcar, vuelvo cargado con canastos. Con la bicicleta en la mano, pues no puedo alzarlos. Si los rechazo pueden ofenderse.

En cada viaje a mi ciudad, llevo canastos. Los regalo, los empleo para guardar lo más diverso; son útiles como zapateros, para ropa usada, papeleros...

Pero su aplicación tiene límite.

Un domingo me atrevo, les digo que viajo en avión, que no me permiten llevar nada más que un canasto. Puede ser grande, pero uno solo. No me contestan. Ofendidos, quizás, no me retribuyen esa ocasión, con la parva de canastos que me cuelgan de los brazos, a la espalda, en la bicicleta.

Varios días después, a mi regreso de la Escuela, encuentro en la galería de «mi» casa: un canasto grande, vertical, con tapa, de proli-

ja factura. Lo abro: adentro contiene otro más chico, que a su vez guarda otro menor, y adentro uno más pequeño, y otro... Iguales, en una justa reducción de escala.

Cuando tengo algún problema, suelo encontrar al toba. ¿Es casual que aparezca en mi camino cuando lo necesito? Cierto que mi recorrido de casa a la Escuela, y el regreso, es siempre el mismo. Creo que él reconoce las huellas de mi bicicleta en las calles que son de tierra.

- Vamos a conversar -le digo una vez.

Monologar, cabe decir, pues él nunca habla. Escucha atentamente aunque parece que duerme.

Pasa horas con los ojos cerrados.

Señala un árbol a lo lejos.

- Aquí tenemos uno más cerca -digo yo.

- Aquel es más fresco.

Caminamos cuadra y media y nos sentamos a la sombra de un tatané. «Tatané» quiere decir «madera hedionda», pues al quemarse despide olor nauseabundo.

- Así se defienden -dice el toba.

Allí me enseña con pocas palabras, que la sombra de los árboles no

tiene la misma temperatura. Los árboles de copa esponjosa, con aire en su masa, de hojas pequeñas que se agitan con la menor brisa, son mucho más frescos que los árboles de hojas gruesas, carnosas, pesadas.

Por él sé que las plantas trepadoras protegen las paredes donde se apoyan. Las mantienen secas, de ellas toman la humedad para vivir. Las hojas como escamas superpuestas hacen resbalar el agua de lluvia. Sabido es que la humedad reduce la aislación térmica de las paredes. Y las deteriora. Cuando le dije que las enredaderas juntan arañas, replica:

- Mejor. Peores son los mosquitos.

Estamos callados mucho tiempo.

Un gorrión pica miguitas confianzudamente; en el cielo dos caranchos dan vueltas a mucha altura.

En algún momento saca el palito que usa para conocer la hora. Como reloj tiene una varilla con marcas de cuchillo; la planta vertical: la longitud de la sombra le indica la hora con sorprendente exactitud. Si yo disiento, según mi reloj, mide la sombra con los dedos y la compara con una de las marcas. Siempre él tiene razón.

Se guía por la «hora solar», que difiere de la hora civil y más aún de la hora oficial.

- Ustedes lo complican todo. Y eso miente -dice señalando mi reloj.

Mira la hora con el palito, observa al gorrión y a los caranchos allá arriba.

- De nada le serviría al gorrión volar como los caranchos.

Sin explicación, sin despedida, alza su canasto, se va.

Yo trabajo en la Escuela de Arquitectura, que está en el parque Tres de Febrero. Parte de mi tarea docente es permanecer lo más cerca y el mayor tiempo posible, con un grupo de alumnos. La buena relación de número, permite que sigamos a nuestro grupo en asignaturas diversas, y que no limitemos nuestra comunicación al aula o al taller. A menudo los estudiantes están en casa. Trabajamos, conversamos, tomamos mate, jugamos al truco. En ocasiones se encuentran los estudiantes habladores y el «paisano toba». O alguna india descansa en la galería o se guarece en casos de lluvia. Una vez, una vieja toba me lleva una estera gigante que yo le había encargado para cubrir todo el piso del ambiente único. No logramos acuerdo, la mujer descansa para emprender el regreso con la estera que la dobla y la vence. Un joven estudiante le pregunta:

- Dígame, señora, ¿es triste ser viejo?

- Tan triste como ser joven -contesta la mujer.

Otra vez, están los alumnos conmigo. En un rincón, acuclillado, el toba amigo canastero, parece que duerme. Cuando le toca, recibe el mate con los ojos cerrados.

Lo sorbe lentamente, lo hace sonar varias veces y lo devuelve al cebador sin abrir los ojos.

Es frecuente que los muchachos discutan allí sus problemas personales. Ese día, un estudiante casado cuenta que se ha peleado con su mujer y eso «lo tiene mal». Los compañeros lo bromean. Yo me preocupo pero no hallo solución. Al mediodía, el toba abre los ojos, se levanta en silencio. En la puerta se vuelve, dice: - A las mujeres hay que besarlas.

Una tarde calurosa, se bañan los estudiantes en el río Negro: cauce ancho, profundo, lento, barroso, típico de la llanura. A la orilla, callados, el toba y yo los observamos. Tan barrosa es la costa, que una vez se empantanaron los caballos de un lechero, poco a poco se fueron hundiendo en el barro. Cuanto más cocebaban, desesperados los animales, más se hundían. Desataron la jardinera y abandonaron los animales a su suerte.

Por las noches, se suelen ver «luces malas» a la orilla del río. Son los huesos de los caballos, que producen quimioluminiscencia.

- Cuando uno se hunde en el barro, hay que flotar -aconseja el toba.

Razón tiene. También a veces hay que flotar para no hundirse en otro barro que no se ve cómo ensucia.

Próximo al río se forman meandros o pequeñas lagunas de donde



las mujeres sacan el agua para lavar la ropa. En una de estas lagunitas aletea un moncholo: pez de la zona. Mucho tiempo pasa hasta que mi acompañante habla:

- Pescado grande no nada en agua chica.

Uno de los muchachos que se bañaba, sale sangrando en una de las piernas.

Lo ha lastimado una raya: pez agresivo provisto de púa.

- Se cura con menstruación de mujer -sentencia el toba.

Sabe de plantas, de víboras, de las fases de la luna; cuándo hay que cortar la paja para techar, pues el contenido de savia, según la luna, hace que se pudra o que dure más tiempo si la cortan con la savia baja.

Sabe, según la luna, cuándo hay que engendrar un hijo para que sea varón o mujer. Prefieren mujeres, «son las que trabajan».

Atravesamos un monte cercano a la ciudad.

Sin palabras me señala plantas, árboles, frutas, flores escondidas, nidos extraños, algún tucancito en una rama. Para él los árboles tienen otros nombres. Me muestra un «ibá pogó», que quiere decir «fruto pegajoso»: un árbol que se suicida. Los pájaros comen su fruto, con las deyecciones caen las semillas junto al árbol madre. Los troncos nuevos estrangulan al viejo. Asumen dramáticas figuras humanas, que se abrazan. En un sendero vemos una víbora que

lo cruza. Está quieta. El toba se quita una de las alpargatas. Descalzo para no dañarla, la pisa cerca de la cabeza. La toma por el cuello, la observa.

- Es de las buenas. La deja ir.

Muchas de estas enseñanzas las hago cuentos. Agrego mi cuota de imaginación.

- No hace falta mentir -es su opinión cuando se los leo. No hago caso.

Para motivar a los estudiantes en la importancia del sol en la arquitectura, escribo una novela: «La Sombra de la Casa». Describo la vida de una familia en cuatro momentos coincidentes con los solsticios y los equinoccios.

Muestro cómo el sol afecta el destino de los personajes. En alguna secuencia, la madre, por esnobismo, hace abrir una inmensa inútil ventana al oeste, hacia la calle, ojo «para que se vea». Arrasa una pantalla vertical de álamos criollos de hojas caducas, que detienen el sol del verano y permiten calentar el muro en invierno. Con lo cual destruye la intimidad de la familia, la frescura de la gran sala que reunía hijos y padres. Y el carácter exterior de la casona, mezcla de templo y fortaleza. Describo protecciones solares. Así explico «la geometría del sol».

Además, mi escritura pretende entretener, con su cuota de humor, de sexo y de tragedia.

Leo la novela al toba paciente y silencioso. Permanece con los ojos cerrados mientras yo hablo. Concluida la lectura, mide la sombra de su reloj de palo, alza los canastos, hace de irse.

-¡Eh! ¿Y la novela? - protesto.

- Está mal -sentencia.

- Carajo, ¿por qué está mal? -yo, ofendido.

- Lo que hace falta es el viento, no el sol.

Ah, sabio escuchante. Es así: en las zonas cálidas húmedas el único recurso natural que tenemos para climatizar, es el viento. Archivo mi novela. Alguna vez la volveré a escribir. Se llamará «La Sombra del Viento».

Cuando le pregunto qué es lo más importante de un sitio para asentar una vivienda, me dice: la sombra.

En el rancho de los tobas amigos, pende desde el techo, sobre la cama de los padres, una cuna tejida, como los canastos, que deja pasar el aire y recibe las brisas cruzadas. Basta tocarla desde abajo, sin molestarse, para que se hamaque cuando la criatura llora.

El rancho, pobrísimo, siempre en penumbra, es cruzado por los vientos frescos. Soporta bien las largas lluvias del verano.

-Son evangelistas. No beben ni fuman.

Cuando tengo que volver definitivamente a mi ciudad, lleno el último tarro de azúcar. Parto en mi bicicleta hacia «el barrio de los tobos», como dicen los vecinos al rancherío. Golpeo las manos. Se asoma una de las muchachitas, vuelve a entrar; después asoma otra, y otra; después, cada uno de los varones. Recién sale la mujer. En silencio recibe el azúcar, la guarda en el rancho. Me ofrece un asiento bajo, de caña y estera. Pasa mucho tiempo hasta que aparece el hombre. Me tiende una mano floja que apenas roza la mía. Sin palabras. Arrima un banco, se sienta frente a mí. Si yo no hablo, habría pasado la tarde sin decirnos nada.

- Vengo a despedirme.

Inmutable me mira. A la salida me dice: - Vení mañana. Te vamos a dar un regalo.

Al día siguiente llego al rancho con mi bicicleta. Con gran curiosidad.

El regalo me espera: peinado, limpio, con su mejor ropita, está uno de los varoncitos. Oscuro, cara redonda, mirada huidiza, pelo duro, manos cascarrientas, tieso, callado.

Explico largamente que en ninguna parte estará mejor el niño que con ellos.

- Vos sos rico -dice el hombre.

A la distancia, la mujer escucha impasible.

Yo estoy turbado.

El toba toma de los brazos a la mujer y al chico. Entran al rancho.  
Parto empujando mi bicicleta.  
Al día siguiente encuentro en la galería de «mi» casa, el tarro del  
azúcar.  
Tiene una víbora adentro.



## Extracuerpo

Montones de veces le habían dicho que no dejara el auto abierto. El Gordo contestaba: ¿quién va a robar esa *chatarra*? Además, el auto no tuvo llave nunca. Desde que lo compró, un montón de años atrás, para cerrar las puertas había que darles un golpe, o dos o tres. Una vez que se cerraban, solamente el Gordo podía abrirlas. Tenía que forcejear y forcejear. A veces tenía que pasarse atrás y salir por alguna puerta que se pudiera abrir.

El baúl por el estilo, pero al menos se abría con más facilidad, un solo golpe lo cerraba. Pero al capó, a veces ni el Gordo podía levantarlo.

Una vez dijo que si le robaban el auto era capaz de suicidarse.

El petiso Barbi fue testigo y es de los que no mienten.

Cuando el Gordo dijo que se suicidaría si le pasaba algo al auto, el Chevro prendió las luces y las volvió a apagar. No había nadie dentro del auto. Algún cable pelado seguramente, pero al Gordo se le llenaron los ojos de lágrimas.

El Gordo y su auto eran una misma cosa, idénticos: negros, enormes, pesados, gibosos, resopladores, ruidosos, tragones, asmáticos; pero nunca dejaron a pie a nadie. Ni se fallaban entre ellos.

El Gordo decía que antes de casarse con la Gorda, su mujer, ya se

había casado con el Chevro. La Gorda se ponía celosa; a ella podía faltarle la comida, pero al auto jamás le faltaba la nafta y el aceite. La pinta no importaba, de chapa daba lástima, pero el motor funcionaba «fenómeno».

Cabedor y aguantador. En el baúl cargó las bolsas de cemento cuando techó la casa, el auto ni se mosqueó.

El Chevro era para el Gordo su segundo hogar; en él dormía la siesta, escuchaba radio, trabajaba en sus papeles, se miraba en el espejo retrovisor. Las gavetas y bolsillos rebosaban de papeles, libretas, diarios, revistas... Hasta la plata la guardaba en el auto. Era el único lugar que le respetaban porque nadie podía abrir las puertas. En el auto guardaba las galletas y caramelos que le tenían prohibido, y una botella de ginebra. Bajo el asiento escondía un par de vasos. Dentro del «coche» se sentía seguro, protegido, poderoso, confortable.

El Gordo había tomado el mismo ritmo del auto para caminar. El auto había tomado la forma del Gordo. Lo recibía como una madre. Los dos estaban vencidos del lado del volante.

Todas las aventuras amorosas del Gordo empezaron y terminaron en el Chevro. Cuando se casó con la Gorda fue «auto de novios», los llevó de luna de miel. Cuando iba a venir el Gordito, de puro primeriza, la Gorda lo tuvo en el auto cuando iban camino de la

maternidad. El Gordo se preocupó más por el tapizado que por su mujer. Suerte que habían puesto una frazada. Cuando se les murió el Gordito, pusieron el cajoncito atrás: el Chevro fue coche fúnebre.

Le decían el viejo chiste de «auto para toda la vida, porque nadie te va a comprar esa porquería». Era el auto de toda la vida del Gordo. Para el Gordo todo era para siempre. «*For ever*» como decía él. Desde que se casó con la Gorda se le acabaron las aventuras amorosas.

Desde que se les murió el Gordito no quiso tener más hijos. Hasta en el juego era leal y seguidor. Hacía quince años que jugaba el mismo número, que se lo compraba al gallego Planes.

Todas las mañanas el Gordo se levantaba, saludaba al Chevro, le ponía agua, le medía el aceite, las gomas, lo limpiaba un poco; poquito nomás porque a la «ropa» no le daba importancia. Auto y dueño se veían sucios. Recién despertaba a la patrona, le cebaba mate en la cama, salía para el trabajo. El Chevro arrancaba a la primera vuelta de manija. Partían los dos a los bufidos, echando humo. El Chevro por el caño de escape, el Gordo por la nariz con la eterna tagarnina en los labios.

Lo estacionaba en un baldío a la vuelta del taller.

Ahí estaba hasta la noche. Lo esperaba al dueño como si fuera un perro.

El Gordo decía que alguna vez le iba a pedir a Atahualpa Yupanqui que le compusiera una canción para el auto, que era más noble que un caballo.

Al salir por las mañanas, la Gorda le recomendaba que lo dejara cerrado, que se lo podían robar. Lo decía en serio.

Un día, al pasar por la agencia de lotería, lo estaba esperando el gallego:

- ¡La pegaste, Gordo! ¡La pegaste! ¡Segundo premio, un montón de guita!

Se volvió a avisarle a la patrona. Pero no dejó de ir al taller.

Estacionó el auto en el baldío. A la noche lo retiró como siempre. Le pareció que el auto estaba más pesado. «Debe de estar triste». El Gordo sabía cuando al auto le pasaba algo raro. Y el auto corría más cuando el Gordo tenía apuro.

Cambiarás este cachivache, fue lo primero que le dijeron todos. Eso al Gordo lo resentía. Hasta su mujer insinuó de cambiar el auto, ahora que tenían mucha plata.

A lo sumo el Gordo consintió en comprar un auto más chico para aliviarlo al Chevro, pero dejarlo, nunca.

No fue a cobrar el billete porque la Gorda se sintió mal, tuvo que ponerse en cama. La emoción del premio, posiblemente.

Esa mañana, cuando el Gordo subió al auto, sintió un olor muy feo. Han de ser los huevos que se rompieron la semana pasada. O agua que quedó debajo de las alfombras, que se ha podrido. A la noche, cuando salió del taller, el olor del auto era insoportable. Casi no podía entrar. Espantoso. Con una linterna revisó debajo de las alfombras. Tal vez una rata muerta.

No había nadie en el baldío, estaba muy oscuro. Iba a darle manija al auto cuando se le ocurrió mirar dentro del baúl.

¡Ay, Dios mío! Había un cadáver.

Con la linterna se veía verde, todo encogido. Era la época en que se encontraban cadáveres en todas partes.

Lo primero que pensó fue dejarlo en el suelo, en el mismo baldío. Pero en ese momento entró otro auto con los faros encendidos, lo iluminó.

El Gordo cerró el baúl de un golpe, dio manija, salió para atrás. Abrió las ventanillas y los ventiletes pero no podía soportar el olor. Manejaba con una mano, con la otra se tapaba la nariz con el pañuelo.

Estaba desorientado, tenía miedo.

El petiso opinó que lo mejor era cavar una fosa y enterrarlo.

Le iba a ser difícil explicar qué hacía ese «fiambre» en el auto, tanto tiempo.

El gallego insistía en que se comprara un auto nuevo.

La mujer lo convenció.

- Prendele fuego con el muerto adentro. Total, te comprás otro del mismo modelo, ni te vas a dar cuenta del cambio.

Mentira. El Chevro era único. Pero con un muerto en el baúl se convertía en una desgracia.

Cargó un tambor de nafta, un tarro de aceite usado, estopa, salió después de cenar. Solo. No quería que nadie lo viera cuando tenía que sacrificar al compañero de una vida entera.

Enfiló hacia el campo. El Gordo conocía lugares solitarios de cuando iba a cazar. No muy lejos.

Al pañuelo lo empapó en agua colonia para poder respirar.

Se alejó bastante del camino; en medio de un campo donde se pincharon dos gomas, empezó el rito. Roció el auto con nafta, principalmente por dentro, mojó los asientos. Al baúl le echó sin mirar, lo tapó de nuevo. Untó con aceite la estopa, la arrimó al auto. Le acercó un fósforo. El aceite comenzó a quemarse lentamente con mucho humo.

El Gordo tenía los ojos llenos de lágrimas que corrían por las me-



jillas, se le metían en la boca. Nunca compraría un auto igual. El Chevro era único.

- Perdoname, compañero...

Entre el humo y el sentimiento, casi no podía ver.

Puede haber sido cierto: el viejo coche encendió las luces. Algún cable pelado posiblemente.

El Gordo pensaba ir a cobrar el billete en el auto. Como en todos los acontecimientos familiares, el Chevro negro tenía que estar presente.

Esta vez no iba a ser. Tampoco lo iba a acompañar la patrona, la Gorda no estaba bien.

Debía de estar muy enferma para consentir quedarse en cama y demorar el cobro del billete.

Después elegir un auto nuevo. Cualquiera, total ninguno sería como el noble Chevro. Cualquier cosa le daba lo mismo.

Aunque no lo acompañara la Gorda, mañana tempranito cobraría el billete; le pediría al petiso Barbi que lo ayudara a elegir un auto. Tempranito a cobrar... ¡El billete!

- ¡Carajo, si me quedó dentro del auto!

El Gordo corrió hasta el Chevro. Cuando iba a tomar la manija, la puerta se abrió sola, como si lo estuviera esperando. Subió. La puerta se cerró sola. Tal vez la cerró él por la fuerza de la costumbre. Buscó



el billete en la baraúnda de cosas inútiles que tenía en las gavetas. De repente el auto se convirtió en una tea gigantesca, con cadáver y Gordo adentro.

El billete no estaba en el auto. La Gorda lo había guardado bajo el mármol de la mesita de luz.

Según las malas lenguas, la Gorda se arregló con el petiso. Lo cierto es que pusieron un mercadito juntos. Compraron un Rastrojero para llevar la mercadería.

Los restos del Chevro quedaron tirados en el campo.

Nadie se les acerca.

Dicen que en las noches de niebla, los faros se encienden con luz mortecina, que la bocina suena como un lamento. Dicen.

## Cena de muerte

Como un rito, antes de acostarse, la mujer tiene que lavarle los pies. Todas las mañanas, al levantarse, la mujer tiene que lavarle ciertas partes del cuerpo, que ha usado con ella durante la noche. Se llama Ángelo Satano. Llega como inmigrante con su primera esposa, doña Lisa, que muere pronto. Mujer sana y fuerte, camina a tres o cuatro pasos detrás de su marido; los ojos hacia el suelo, pues está prohibida de mirar, saludar o conversar con hombres.

Distinta la segunda esposa: muy delgada, pálida, siempre vestida de negro, pañuelo negro en la cabeza, medias negras, botitas negras. Parece vieja, no lo es. De nombre Marina. Ángelo Satano la trae de Italia cuando queda viudo.

Quizás no sean los más pobres de aquella colonia de agricultores, lo parecen. Su casa no tiene puertas ni ventanas, las mujeres cubren con tejidos y mantas las aberturas.

Ángelo se niega a tener agua y luz. Su primera esposa, después Marina, acarrear agua y encienden faroles de carburo al anochecer. No por carencias, por exagerado espíritu de ahorro del hombre, que no gasta en nada. Su formación, su educación, su alma puede decirse, no le permiten gastar. Según él, todo se puede hacer o conseguir sin dinero.

Las mujeres no precisan leer ni escribir. Escuelas y libros enseñan cosas malas e incitan al adulterio.

Los hombres de la colonia son celosos, Ángelo supera a todos.

La mujer tiene que trabajar en el campo. O coser, si el físico no se lo permite. La mujer debe atar los caballos, ensillarlos, desensillarlos, darles agua y de comer, cepillarlos, curarlos. Hay tareas exclusivas de las mujeres, como hacer el pan, lavar la ropa, encender el fuego. O barrer.

Doña Lisa, la primera esposa, tenía más fuerza y habilidad. Constantemente, Ángelo se lo dice a la pobre Marina.

No se sabe de qué muere doña Lisa, señora tan sana y sólida.

Paro cardiorrespiratorio según el certificado de defunción. En todos los muertos dejan de funcionar el corazón y los pulmones.

Cada tanto tiempo se faena un cerdo, trabajo pesado y sucio. Los chorizos cuelgan de los tirantes del techo. Son devorados por Ángelo, con abundante vino y rebanadas de pan casero que él apoya en el pecho para cortarlo.

Las mujeres sólo pueden tocar lo que van a comer.

Piden permiso para probar lo que ellas han elaborado.

El vino se hace en la casa, con uva de parrales propios.

Ángelo se quita los zapatos que usa sin medias, arrolla los pantalones, se mete en la tina de madera que contiene la uva chiquita, jugosa, perfumada. Pisa con fuerza. Parece que el olor del jugo lo

emborracha, pues a poco de empezar, canta y baila grotescamente. Al proceso posterior lo hacen las mujeres.

También elaboran el queso. Toda la producción es exclusiva para el consumo de él. Vino y queso están casi prohibidos a las mujeres.

Ángelo desayuna con un litro de vino. Parte al campo. Doña Lisa hasta su muerte, Marina después, le preparan el caballo de montar o le atan el sulky. Cargan lo que el hombre lleva, lo despiden con la mano. Raramente cambian palabras.

A menudo regresa borracho o de mal humor. Insulta groseramente, expone los pies para el lavado diario, se acuesta a dormir. Pronto nomás sus ronquidos llenan toda la casa.

Las mujeres están prohibidas de tener o manejar dinero. Él hace todas las compras. Si ganan algo, por hacer costuras a los vecinos, él se queda con los pesitos. El dinero emputece a las mujeres, sostiene. Ahorrativo hasta la avaricia, cada tela o lana de tejer que precisan ellas, cuestan lágrimas, disgustos, súplicas, amenazas. Puntillas, perfumes, adornos, jabón de tocador, son cosas indignas de mujeres decentes.

Muere doña Lisa, su primera esposa. Dios la libera de tanto maltrato. Ángelo regatea con todo el mundo: con el carpintero por el ataúd, con el sepulturero; con el almacenero, pues debe comprar café y ginebra para atender a los vecinos que asisten al velatorio.

«Por ella, que fue una mártir».

Esto no es una fiesta -argumenta él, cuando una vecina sugiere que sirva algo a los acompañantes que pasarán la noche.

A los pocos días, Ángelo Satano abandona el pueblo. Pide a alguien que le cuide los animales, pero que no coman los huevos de las gallinas, para que sean empollados y aumenten. Pueden utilizar la leche de la vaca pues hay que ordeñarla todos los días, pero deben guardarle queso. Así con los caballos y los cerdos.

En la comisaría deposita, por seguridad, el calentador Primus, el reloj despertador y la máquina de coser que fuera de la finada, aportada por ella como dote al matrimonio.

- ¿A dónde va, don Ángelo?

- A Italia. Voy a buscar una mujer para volver a casarme.

- No precisa ir tan lejos.

- Dije una mujer. No me gustan las putas.

La demora en el regreso es por la duración del viaje en barco, de ida y de vuelta. Poco precisa allá para convencer a una muchacha de dieciocho años, de que él tiene casa propia, campo, animales y vehículo en América. No dice que la casa no tiene puertas ni ventanas, que las chapas del techo calcinan en verano y en invierno radian hacia el cielo el poquísimo calor de los cuartos. No dice que no tiene agua ni luz ni baño que sea tal. Que cocina con bosta de

vaca para no gastar la leña que abunda. Que el vehículo es un sulky. Muestra el dinero que juntara en toda su vida, en monedas de oro que compra como santo propósito. Esforzadamente junta peso con peso para completar el precio de cada moneda.

Una bolsa de piel, con monedas de oro, aunque sean pocas y pequeñas, es buen argumento. Al hombre se lo ve distinto, a pesar de su aspecto.

«Sin boda previa no hay América», dicen los padres de la muchacha. «Marina sale de esta casa con bendición de cura y papeles firmados».

- No hay problema -dice él.

Fiesta, iglesia y casamiento civil son pagados por los padres de la novia. Quizás también el pasaje.

A cuatro pasos detrás de su marido, Marina llega al pueblo. Caminando desde la estación de ferrocarril. Ella carga las maletas. Él marcha ostentosamente con las manos en los bolsillos.

Marina tiene dieciocho años cuando sus padres aceptan casamiento tan ventajoso.

Al verlos pasar, alguien murmura:

«Cásate por interés, cuéntame después».

-»Casamiento desparejo, malo para ella, malo para el viejo», dice una mujer. Treinta años de diferencia en las edades, son muchos años de imprudencia.



Marina viste de negro.

El cabello envuelto en pañuelo negro, le cae hasta la cintura, cuando se lava la cabeza con agua de lluvia. Para envidia de las vecinas. Nada cambia en la vida de aquel hombre. Nada puede hacerlo cambiar.

Cuando los vecinos compran heladera de hielo, la joven señora Marina sugiere a su marido que también compren una. Podremos guardar la leche, la carne. El queso.

- ¿Y qué haremos con la fiambreira que tenemos?

La tal fiambreira, hecha por él, es una jaula de tela mosquera donde se ventilan los alimentos.

- A la leche lo mismo hay que hervirla -argumenta.

Parecido es el tema de la luz eléctrica. ¿Para qué?

- ¿Qué haremos con los faroles y las lámparas? Nadie los querrá comprar porque ya todos tienen luz.

- El carburo es abortivo -le dicen.

Tal vez lo sea, porque la joven mujer pierde algún hijo prematuramente.

Más rígido y rústico hacen los años al hombre. Más delgada se vuelve Marina, más negros se ven sus vestidos. Casi luto anticipado.

Una vez fabrican queso. Para conservarlo, lo meten en un tarro de



lata que fuera de galletas, lo entierran en un lugar fresco del patio. Pasa tiempo. Una ocasión, Ángelo Satano gana pocos pesos en una carrera cuadrera de caballos. De tanto en tanto le gusta ver y jugar. Pareciera que se humaniza en esa diversión inocente. Poco apuesta, su corazón no le permite arriesgar en el juego lo que tanto le cuesta ganar. Tentado, juega esa vez. Gana. Llega feliz a su casa.

- Para que se haga un vestido -le dice a Marina, le da algún dinero.

- No alcanza -dice ella.

- Para una blusa.

- Tampoco alcanza.

- ¿Medias?

- Están caras.

Calla él. Vuelve a guardar el dinero ofrecido. No hablan más.

Mecánicamente, la mujer pone la mesa. Con un solo plato. El de él. Tienen platos, vasos y cubiertos separados.

Ángelo bebe su vino. Después ordena a su mujer que le traiga queso.

- ¿Queso? -pregunta Marina.

- Para mí solo.

Ella va al patio, desentierra la lata oscurecida.

Saca un trozo de queso, le sirve al marido.

- Déjela ahí, -dice el hombre señalando la lata.

Para evitar que la mujer se tiente y coma «su» queso.

Vino, pan, queso. Queso, vino, más queso.

Inolvidable cena.

Marina va a dormir. Él continúa comiendo, alumbrado con una vela.

Se siente mal. Recuerda que alguna vez, por tragar queso exageradamente, sufrió terrible «acoquinamiento». Precisó enemas reiteradas para destrancar su cuerpo.

Al revés, en este abuso de queso sus intestinos se desatan.

Sale varias veces hacia la letrina. Algún té de yuyos poco lo mejora.

Antes de las veinticuatro horas, advierte que los ojos se le paralizan.

Después tiene dificultad para tragar.

Casi no puede hablar, lengua y labios endurecidos, no le responden.

La parálisis se le extiende a toda la cara.

Sufre insoportable sequedad en la boca, no puede pedirle a su mujer que le traiga agua.

Marina lo observa desde la puerta del cuarto.

Ella no tiene dinero, no tiene nada; sobre todo, no tiene ganas de llamar al médico.

La parálisis se extiende a todo el cuerpo.

Cada vez, Ángelo respira más dificultosamente.

Marina baja la maleta que está en el techo del ropero.

La misma que trajera de Italia. Comienza a poner su poca ropa.

La misma que trajera de allá, más vieja, más gastada.  
Ángelo Satano la ve hacer. Imposibilitado de moverse y de hablar.  
Ve cuando ella abre el cofrecito de cuero donde guarda las monedas  
de oro, las envuelve en un pañuelo que mete en el seno.  
Sin palabras, como siempre, sin mirar, sin volver la cabeza, toma el  
camino de la estación de ferrocarril.  
Ángelo dura poco. Algún vecino trae al médico para que certifi-  
que la defunción: botulismo.



## Entre caballeros

Yo vivo en calle Pessoa 32, barrio del Alto.

Todas las mañanas, mi esposa me despide en el jardín. Me acompaña hasta que llega el ómnibus. Su cuerpo se transparenta en la camiseta de dormir. Así la recuerdo hasta mi regreso.

Los jueves no desayunamos juntos. Yo desayuno con Celia.

Así como hay almuerzos de trabajo, ella inventó los «desayunos amorios». Celia es mi amante. Amante es fea palabra, no debería serlo. Suena a traición, a mentira. Pero es así.

Mi esposa es joven y linda. Más joven y más linda que Celia. Pero hay algo en Celia que me atrae, atrapa es la palabra. Que supera mi pobre voluntad. He procurado, sin éxito, no ir más. Pero el miércoles, ya siento escozor, casi no duermo. Cuando niño, no podía dormir la noche anterior de un paseo al campo. Lo mismo me sucede ahora, con Celia.

Los jueves, temprano, llamo por el portero eléctrico. Tenemos una clave para comunicarnos. Si no puede atenderme, cierta respuesta disgustada me pone sobre aviso. Otra palabra clave significa que debo esperar, o volver más tarde.

Alguna vez intento renunciar a Celia. Llego a su edificio; pienso, me hago un montón de promesas, decido marcharme sin verla.

Inútil todo. Doy vueltas y vueltas, regreso, aprieto el botón. Su voz me llena de vida, apacigua mis remordimientos.

- Pase, caballero. Lo estoy esperando.

Celia renueva su ropa, para que yo la vea distinta cada vez. Estuvo casada, pero nunca hablamos de nuestros cónyuges, en acuerdo tácito.

Celia es hábil para presentar el chocolate espumoso, con masitas hechas por ella. O café con crema.

Evito detalles de nuestros encuentros, por discreción.

Hoy es jueves. Salgo de mi casa una hora antes de lo habitual. Pienso que mi esposa sospecha. O no le importa. Más transparente y más breve, es hoy, su camisola de dormir. Así la veo desde el ómnibus; con su manito me saluda, antes de entrar.

Llego al edificio donde vive Celia. En la puerta de vidrio del ingreso, calzo mis lentes para ubicar el botón del departamento. En ese instante llega el ascensor. Sale un hombre, abre la puerta del edificio, la vuelve a cerrar.

Otra vez, calzo mis lentes.

- ¿A quién busca? -me pregunta.

Dudo, antes de responder. Pienso inventar cualquier cosa: otro piso, otro número. Digo la verdad.

- Ah, la señora Celia.

- Sí, ¿la conoce?

- Algo. Soy su marido. Su ex marido -aclara.

Lo miro. Lo imaginaba distinto.

No hay en el departamento de Celia, fotografías. Hay cuadros, poemas enmarcados, espejos, mapas, imágenes de distintas religiones; pero no fotografías.

Creía que Celia se había separado de un hombre viejo. Frente a mí, está un hombre fuerte, piel tostada, mirada franca, cabellos claros, bien vestido; como galán maduro de película francesa. Tiene las manos libres, como si no precisara ocultar nada. Yo cargo mi valijín permanente de visitador médico, con muestras y folletos.

Así conozco al ex de mi amante.

Hablamos como seres civilizados, como caballeros, diría alguien. Como hombres.

Siento celos. Me creía único en la vida de aquella mujer. Me hace sentir único, cada vez que estoy con ella. Acudo a la cita una hora antes de lo habitual y descubro que alguien ocupa mi lugar, antes que yo. Que sea su ex marido no mejora la situación, para mí.

Él y yo, nos sentimos obligados a conversar. Hablamos de generalidades: del gobierno, del dólar, de la privatización de las empresas, de política... De todo aquello en que estamos de acuerdo. Yo eludo



los temas personales o directos de nuestras relaciones. Él no: habla francamente.

- Es fácil tener amantes -dice en algún momento de la conversación. Sonríe.

Mira su reloj. Aprieta el botón correspondiente, se activa el portero eléctrico. Se oye la voz de Celia.

- Tu visitante de la mañana. Puedes abrirle. Adiós, querida.

Suena la chicharra, se destraba la cerradura.

Él abre la puerta para que yo entre.

Sin palabras, me extiende la mano.

Nos despedimos como caballeros.

Por la calle pasa un taxi. Lo llama.

En voz alta da la orden al chofer:

- A calle Pessoa 32, barrio del Alto.

## ¿Quién mató a la Lola?

### Casi cuento policial

- ¿De qué vas a vivir? ¿Qué vas a comer cuando yo no esté para mantenerte? -le dice escandalizado el padre, cuando Ambrosio le comunica que se ha inscripto en la Academia de Bellas Artes para estudiar pintura.

- ¿Pintura? ¿Para pintar cuadros? ¿De esos mamarrachos que están de moda? -avanza el padre-. No conozco ningún pintor de cuadros que no sea un muerto de hambre. Porque hablemos, Ambrosio: ¿quién compra un cuadro con la pobreza que hay? Hubiera preferido que me dijeras que te hacías pintor de obras, pintor de brocha gorda; que al final, alguna changa les sale.

Ambrosio mira distraído mientras su padre intenta disuadirlo. Mira las plantas que se agitan por la brisa. Le gustaría pintarlas en movimiento: «naturaleza viva» podría llamarse el cuadro. «La danza de las hojas», piensa con la cabeza en otro mundo.  
- ¡Te estoy hablando, infeliz! -ruge el padre, ofendido por el silencio del hijo.

Con Ambrosio Liveira fuimos compañeros en la escuela primaria. Hicimos juntos algunos cursos de la secundaria, que ter-

minó trabajosamente. Al final lo aprobaron, cuando pintó el retrato de un prócer que copió de una lámina. Le salió bien, al cuadro lo pusieron en la dirección del colegio.

¿Qué vas a estudiar?, le preguntaban todos. No contestaba nada. Desde chico dibujaba. Con un dedo en la boca, la cabeza agachada como si mirara por encima de anteojos que no usaba: dibujaba rostros. Algunos retratos le salían bien.

- ¿Me dibujás, Ambrosio? ¿Me hacés una caricatura? -le pedía alguien. Se negaba.

- Te voy a pagar.

No lo hacía. Ambrosio pintaba lo que quería pintar. Prefería caras de viejos, de pordioseros.

Cuando fuimos compañeros de colegio, yo le regalaba papeles de propaganda de remates: grandes, gruesos, blancos de un lado. Mi papá era martillero. En esos papeles hacía las caras. En la escuela primaria copiaba retratos de un antiguo diccionario ilustrado, ampliaba dibujos minúsculos.

Desaparece para mí. Lo vuelvo a encontrar en la Academia. Rebelde a su manera, se niega a copiar los yesos eternos y aburridos. Se mete en el taller de figura humana con modelo vivo. Terminan por dejar que haga lo que quiera.

- ¡Ah, si pudiéramos educarlo! -decía uno de los profesores viejos. No termina ningún curso. De aquellos años en la Academia logra amigos y amigas. Íntimo de la «modelo», la mujer que posa desnuda para que nosotros la dibujemos. Se hace su confidente, su compinche.

Se llama Lola. Todas las modelos que conocí en mi vida se llamaron y se llaman Lola. A ésta le decimos «Lola Membrillo» porque una vez fuimos al teatro a ver a Lola Membrives, la gran actriz.

A los estudiantes de arte nos daban entradas gratis para que hiciéramos de claque. Teníamos que aplaudir cuando un español nos daba la señal. Aplaudíamos como locos hasta que el hombre se enojaba, o el público chistaba.

Fuimos a ver a Lola Membrives en «La Malquerida». Recuerdo un largo monólogo durante el cual hacía de recoger migas invisibles de la mesa. ¡Ah, qué interpretación!

El teatro era entonces escuela de vida y de costumbres, de gestos. En el teatro se aprendía a caminar, a sentarse como señoras las mujeres. A encender los cigarrillos los hombres, alejando el fósforo de la cara del atendido.

Lola, la modelo, nos acompañaba; trepaba con nosotros hasta el paraíso del teatro. Nos miraba para saber cuándo tenía que aplaudir. Alguna vez se adelantó, por culpa de algún pícaro que

le hizo seña: sonaron solas sus palmadas en la sala, que empezó a chistar. Para disimular su papelón aplaudimos con ella. Nos felicitaron a la salida. Desde entonces, ese pasaje de la obra se aplaudió en todas las funciones.

«Lola Membrillo» nos acompaña en todo. Toma el café con leche por las tardes, con nosotros. Un alumno y una alumna, por semana, preparan y sirven café con leche con dos medialunas, después lavan las tazas. Pagamos monedas, los semaneros están eximidos de pagar. También paga la Lola, que deposita religiosamente la moneda en una alcancía de cartón. Los que no tienen, hacen de poner. Muchas veces encontramos botones o medallitas de santos en la alcancía.

Aquel café con leche y aquellas facturas quedan en mi recuerdo como exquisiteces. La Lola sumerge las medialunas en la taza, lo cual escandaliza. Hasta que explica su problema de dientes.

Ambrosio Liveira aparece y desaparece en mi vida.

Tampoco yo termino los cursos en la Academia.

Lo vuelvo a descubrir, años después, en *L'Atelier*, un reducto bohemio donde enseñan a pintar, se hace teatro, danzas; mezclado con taller literario y escuela de fotografía.

Ambrosio hereda un galpón que fuera del padre, el lugar donde «don Liveira» pelaba pollos: emporio de ratas, gatos, murciéla-

gos, en extraña convivencia. Hasta que uno se acostumbra, el olor nauseabundo queda pegado en la nariz, en la ropa, en los papeles. Ahí pinta él. Ahí posa la Lola, para quien no pasan los años gracias a Dios.

- ¿De qué vivís, Ambrosio? -le pregunto una noche cuando lo encuentro en un bar de noctámbulos.

- Del arte -me responde-. Logré aquello de vivir del arte. No me atrevo a decir: vivir y morir del arte. No sea que se me cumpla. No está en mis planes morir todavía. Antes quiero ganar el Premio Nacional de Pintura. Después, sí: podré morir con la conciencia de misión cumplida.

Me invita a su *Atelier*: el galpón más caliente del mundo en verano, el más helado del mundo en invierno. Hay un camastro donde descansa la modelo entre sesión y sesión. Tiene un entrepiso como un escenario alto, con una especie de telón corredizo. Al entrepiso se accede por una escalera desde el exterior.

En los rincones del galpón hay decenas de cuadros a medio hacer. Algunos de mérito, otros olvidables.

- ¿Y esto? -pregunto.

- Carne de concursos. Me presento siempre. Nunca saco nada. No dejo de presentarme, por aquello de «tirar la flecha, aunque no dé en el blanco».



Hay una estufa de querosén que funciona mal, el olor del querosén mal quemado se mezcla con el olor de los orines de gato, de los murciélagos. Hace mucho frío, la Lola se cubre con una manta que se quita de vez en cuando para que los pintores y dibujantes la retraten.

Como lo hacía en la Academia, recorre los caballetes: aprueba, aconseja: - Le falta cola. Achicá la cintura.

- Así te veo yo -se defiende el aficionado pintor.

- ¡Eh, yo no tengo esas tetas! -le dice a otro.

- ¿A ver? -pregunta el aprendiz, manoteando hacia la mujer.

Terrible cachetada rebota en el techo de zinc.

- ¿Pagan? -pregunto al maestro.

- Muy poco. Los que pagan son los que vienen a mirar. Y a fotografiar.

- ¿A mirar?

- Sí. Y los fotógrafos. También se enseña fotografía artística.

Salimos. Trepamos por la escalera exterior hasta el entrepiso. Paredes y techo están pintados de negro. Gruesa alfombra negra. Cuesta acostumbrarse a la oscuridad. Está su cama sucia, desordenada; hay también una especie de laboratorio fotográfico. Algunas sillas bajas, desvencijadas. Y el olor.



- ¿Pagan para ver a Lola Membrillo?

- No. Algunas noches hacemos sesiones con varias modelos. A veces mezclamos algún hombre. No muy seguido porque se hace quilombo. Yo pinto. Algunos miran desde arriba. Otros hacen fotos, no muy santas. Imaginás las modelos que conseguimos por poca plata. No todas son «Lolas». Pero salen cosas interesantes. -Mirá - me dice mientras da vuelta cuadros, muestra.

Ambrosio Liveira ha adquirido oficio. Logra efectos, «sensaciones» cabe decir.

- ¿Qué te parece lo que hago?

- Genuino - reconozco

«La» Lola repetida repetida: de pie con una pierna flexionada, apoyada en una larga caña, de espalda, sentada, torso girado. Se niega a posar agachada, o de rodillas, o tendida como la Maja. No acepta tomarse los pechos para posar, o cubrir con sus manos ciertas partes. Nada que excite sexualmente. Soy modelo, no puta.

La Lola nos mira desde múltiples retratos con sus ojos almendrados, separados, agrandados, asombrados, cercados por cejas finitas dibujadas con mano tembleque. El pelo tirante. Seria. La Lola no sonríe ni llora. Todos la dibujábamos distin-

ta. Cada retrato suyo es diferente. Cada uno de nosotros poníamos en la visión de su cuerpo, de su rostro, lo que imaginábamos que llevaba adentro. Quizá como deseábamos que fuera. Yo la dibujé siempre muy flaca. El profesor, en la Academia, me corregía los trazos. Es una mujer, no un palo desnudo, me decía.

Algún alumno la dibujaba sin ojos. Alguno sin rostro. Otro se detenía en el dibujo detallado de los vellos de la panocha de la modelo.

Hubo un concurso de «retratos de la Lola» con premio adquisición en efectivo, jurado importante. Lo ganó alguien que después sería famoso. Supe que al dinero del premio lo aportó la misma Lola.

Ella vendió el cuadro: «Tuve que esperar que muriera el autor para recuperar la plata».

En el galpón hay también cuadros de grupos de mujeres desnudas. En movimiento. No son figuras quietas las que pinta Ambrosio.

- ¿Puedo venir? -pregunto.

- Si pagás, sí.

Vuelvo una noche. Pago. Entro.

Trepa por la escalera externa hacia el entrepiso. Oscuridad total. Tardo en descubrir que hay personas tiradas en el suelo: abrazados, machihembrados. Alguno con la cámara fotográfica atada a un banco, asoma la lente por un agujero en el paño grueso del telón.

Silencio; apenas se oyen respiraciones, algún jadeo.

Tras el telón espiamos lo que ocurre abajo.

Después de medianoche, se retira la Lola. Entra una mujer, otra, dos o tres juntas. Naturalmente, como se visten con uniformes o guardapolvos para trabajar en algunas partes, aquí las mujeres se desnudan. Cada cual a su manera.

Se quitan los zapatos, los tiran en un rincón donde se amontonan vestidos, blusas, faldas, calzones, corpiños, medias...

Algunas se desvisten como si no les importara nada, como obligación, para trabajar. Otras ensayan un verdadero *strip tease*.

Recuerdo a una flaca, alta, de buen ver. Viste bien, elegante.

Sin apuro, se quita la chaqueta de cuero, luce femenina blusa blanca. Desprende la faldita ajustada, breve, también de cuero. Sin la blusa, queda en bombachita, corpiño, medias y ¡tacos altos! Inolvidable. Con gracia, arroja los zapatos; primero uno, después el otro, al montón de ropa: como si los ofrendara al público en un teatro. Apoya una pierna en un banco, despren-

de la liga, enrolla una de las medias, la saca, la estira, la muestra, la huele. La hace un bollito, la tira al montón. Repite el juego con la otra media.

-Muchas gracias por su gracia, muchacha.

-Todas «quedan en bolas», diría un ingeniero amigo.

Comienzan un extraño rito de enaceitarse unas con otras.

De botellas de plástico sacan alguna crema líquida o aceite. Con paciencia se cubren brazos, piernas, espaldas, cabeza, cuello, el pelo. Se detienen en los pechos, en las nalgas, en las entrepiernas. A veces, varias manos cubren con el ungüento a una de ellas. La «envaselinada» ayuda a masajear con el líquido viscoso a otra de las «modelos». Quedan brillantes, como piel mojada, resbaladizas, escurridizas es la palabra.

Al principio se lubrican morosamente, acariciantes, sin dejar trozo de piel sin cubrir; después, vacían los recipientes del líquido lechoso en las cabezas. Escurre por los cuerpos, forma charcos en el suelo.

Los charcos crecen hasta formar un espejo pringoso donde se revuelcan, ruedan, se amasan unas con otras, se abrazan, se re-tuercen, se mezclan brazos y piernas. Recuerdan estatuas de grupos de mujeres entrelazadas. Enroscadas entre ellas, como lobos marinos en celo. Forman un bollo de cuerpos babosos como

moluscos trenzados del cual salen brazos, piernas, cabezas, cuellos, culos, el sexo en ofrenda. Rostros anhelantes, ojos cerrados, la boca abierta. Lenguas que asoman como víboras calientes que se tuercen y retuercen. Por momentos quedan quietas en el suelo. Lucen como focas al sol.

Las hay gordas y flacas, menos viejas algunas. El aceite las iguala. Tras el juego del «barnizado», quedan quietas. En gestos de estatuas. Algunas logran figuras interesantes, otras vulgares o infantiles.

Todo se ve espontáneo, «natural». Las mujeres gozan con el juego. Hay, sin embargo, algo pensado, no casual, de fuerte contenido plástico. Espectáculo dinámico sin duda. No le falta imaginación al pintor Liveira.

Hasta el entrepiso donde estamos los testigos, llega el *chis chas* de los cuerpos lubricados refregados entre ellos. Al olor permanente del antro se agrega el olor del aceite y de las hembras en celo.

Desde arriba gozamos el espectáculo, quienes miramos.

Otros indiferentes: ocupados en su espectáculo propio.

Los fotógrafos tienen temas que no aprovechan del todo, pienso.

Ocurre, que tras el juego de las estatuas, comienza una repugnante sesión de sexo activo que interesa más a los fotógrafos.

Aparece un hombre bajo, casi enano, desnudo, con el cuerpo

cubierto de pintura dorada. Pies metidos en botas como pezuelas de macho cabrío. Largo pene erecto. Con una flauta que suena bien. Como un fauno persigue a las mujeres. Curiosamente, salvo el sonido dulce de la flauta, no hay ruidos, ni gritos, ni cuchicheos.

Yo miro extasiado. Siento que alguien me dice:

- ¡Rajemos! ¡Viene la poli!

Me tiran de los brazos, me empujan. Casi ruedo por la escalera. No puedo decir quienes son mis acompañantes. Aparezco en un patio de tierra. Me alzan, me tiran a través de una tapia baja. Echo a correr. Nadie me persigue.

A veces pienso que fue un sueño. No lo fue.

Tiempo después vuelvo a encontrar a Ambrosio Liveira en el boliche nochero.

- ¿Querés ver el cuadro que mandaré al Salón Nacional?

Pago lo que consumimos. La noche está fresca, poca gente en las calles. Caminamos hasta *L' Atelier*. Empuja la puerta baja del galpón, que está sin llave. En la semi oscuridad, cubierto, alguien duerme en el camastro.

Ambrosio estira un reflector colgado, apunta.

Gira un cuadro grande. Lo ilumina de golpe, teatralmente.



¡Ah que experiencia!

Es lo mismo que vi aquella noche como un sueño, como cine: impreso en la tela, mejorado, cargado de vida. Las mujeres se mueven, el fauno desnudo las persigue, el órgano en ristre.

El cuerpo dorado del enano emite luces que se reflejan en los cuerpos brillantes de las mujeres barnizadas. De los pechos de una de las mujeres escurre leche con realismo. El mismo realismo de lágrimas en otra, o saliva en alguna boca.

Ningún jurado sensible podría mirarlo indiferente, sin conmoverse. El cuadro de Ambrosio Liveira entra por los ojos, llega a las entrañas, revuelve las tripas, pega en el alma. Alucinante: como el espectáculo de la bacanal aceitosa, que se repite en él, indefinidamente. Imposible dejar de verlo. Cierro los ojos: las imágenes continúan en mí, las mujeres se retuercen. Quiero atraparlas, escurren entre mis brazos como anguilas.

- Volvé - me dice Ambrosio tocándome el hombro.

Abro los ojos.

- A todos les ocurre lo mismo. Me ocurre a mí, que no debería conmoverme porque sé lo que hay debajo de los colores.

- ¿Cómo lo hacés? ¿Cómo lo podés hacer? - pregunto maravillado, tras largo silencio.



- No te voy a vender «víboras». Trabajo sobre fotos. Tomo diapositivas en serie, las proyecto sobre la tela. Las fotos movidas o superpuestas producen el movimiento. Luego aplico los mismos colores.

Salgo conmovido. Más conmovido por la visión del cuadro maravillante, que aquella noche, en que lo vi en vivo y en directo.

Busco en los diarios. Nadie habla de Ambrosio Liveira, ni de su pintura viva con movimiento. Ciertamente los diarios de la capital nunca dicen nada de la gente del interior, menos de un pintor desconocido. Tampoco dice nada el diario local. La única Voz que tenemos.

Años pasan. Lo encuentro, casi viejos los dos, en el mismo boliche.

- ¿Y aquel cuadro, Ambrosio? ¿Aquella maravilla?

- Se quemó.

- ¿Qué? -grito asombrado.

- ¿Te acordás que aquella noche ella estaba durmiendo?

- Alguien dormía en el camastro. No sé quién era.

- Era ella, la Lola. Cuando te fuiste, se levanta desnuda. Vacía el querosén de la estufa sobre el cuadro, le prende fuego. ¿Querés

verla danzando, iluminada por el resplandor del cuadro en llamas?

Descubre larga pintura horizontal. Con el recurso de imágenes repetidas, sobrepuestas, se ve el cuadro aquel: ardiendo.

La Lola danzando desnuda.

La Lola cubierta con la manta impregnada de querosén.

La Lola convertida en tea.

- Todas las noches regresa. Baila para mí.



## Carne para las llamas

Cuando muere Daniel Azur, el escritor, su viuda me pide que le ayude a ordenar sus libros, que dejó en herencia; a clasificar sus papeles. Tirar lo tirable, darle algún destino a lo que tuviera valor. Eso que tendríamos que hacer todos antes de morir, para que no tenga que hacerlo alguien por nosotros.

Con Daniel fuimos compañeros, amigos de siempre. Nos queríamos. Cada cual en lo suyo, nos respetábamos mutuamente. Daniel Azur fue el hombre más desordenado del mundo.

Todo en su vida fue así. Su mesa de trabajo rebosa de papeles que se mezclan con lapiceras, máquinas de abrochar o perforar, mariposas muertas, portafolios tirados con apuro. En el suelo, pilas de libros, carpetas, cuadernos, en el mayor desconcierto, impiden caminar. Mensajes y recordatorios sujetos con broches de ropa, cuelgan de lugares insólitos. Algunos golpean en la cara: imposible olvidarlos; cuelgan olvidados, no cumplidos. Un viejo aparato de radio, de pie, soporta montañas similares. Los muros de su cuarto de trabajo están cubiertos de estanterías de madera, de piso a techo, rellenas de libros amontonados, encimados, retorcidos, sucios de polvo, de moho, de excrementos de ratas; mordisqueados, recorridos por cucarachones, revoloteados de polillas. El ámbito es el emporio de las telas de araña.

La mujer de Daniel no podía hacer nada en ese pandemónium. Casi tenía prohibida la entrada. «Donde entra Alcira con el plumero, desaparecen las cosas», solía decir él.

Enfermedad incurable el desorden del escritor. Él lo reconocía:

«Moriré sin tirar todo lo que tendría que tirar». «No cabrá en mi cajón todo lo que quisiera llevar para seguir trabajando en lo que me gusta». «Sólo enumerar todo lo que tengo que hacer, me costarían los años -o días- que me quedan».

Me sumerjo en ese mundo de imaginación, infierno o paraíso, por el afecto que siento por los Azur. Gracias a mi paciencia y al tiempo que me sobra, ventajas de la soltería.

Encuentro numerosos cuentos comenzados, sin final. Otros: trabajados, trabajados, con varios finales. En versiones largas o breves, de una hoja; el mismo en tres hojas, o cinco. A menudo elaborado como capítulo de una novela.

A máquina, directamente, a vuelapluma. «Escribo al hilo», decía él. Ilegibles muchas veces.

Daniel Azur escribía en el ómnibus, en la parada del colectivo, en la sala de espera del dentista. Incansable para escribir. «Manantial que no cesa», decía de sí mismo. Sólo la muerte lo detuvo.

«Escribir es un hecho solitario». «Es una pasión malsana». Su mujer no podía compartir con él, esa pasión.

Alcira, su viuda, me trae café al principio, después me ceba mate; retengo su mano cuando lo recibo. Poco puede ayudarme.

Primero leer, después clasificar: cuentos terminados aquí; inconclusos: allá. Pasados a máquina en otro grupo.

Escribía con distintas máquinas: comunes, eléctricas.

El mismo cuento aparece en letra *picca*, *gothic*, *eletto*... Más grandes, más chicas. En hojas tamaño oficio o tamaño carta. Novelas completas, novelas inconclusas, capítulos aislados difíciles de ubicar. Los mismos personajes aparecen en distintas novelas. Personajes muertos resucitan mágicamente en capítulos posteriores, o en otras novelas. De cada una tiene versiones breves o largas. Algunas de trescientas, o más hojas, nos cuestan leer, nos consumen tiempo.

Papeles sueltos con ideas sueltas, frases ingeniosas, «*gags*». Citas, fotocopias de fragmentos de libros, libros despanzurrados. Textos corregidos, tachados, vueltos a corregir, a tachar. «Dejar como estaba al principio», ¿cuál sería el principio?

Páginas excelentes, brillantes, antológicas. Otras de vulgaridad extraña en él, pornográficas, que se leen con asco. Recortes de diarios y revistas, fotografías...

Y cartas, parvas de cartas con los sobres cruzados con la leyenda «contestar», que no fueron respondidas nunca. Cartas ensobradas, aún con la estampilla adherida, que no fueron llevadas al correo. Sin abrirlas, acordamos con su esposa enviarlas. Llegarán después de su muerte, pero llegarán. La mayor parte de esas cartas están dirigidas a mujeres.

A Daniel Azur lo apreciaban en el mundillo de los escritores sin público, de las letras sin publicidad, que no salen de los concursos provincianos, de los talleres literarios, de las «conversaciones entre escritores». Ignorados por los diarios. «Ninguneados», como dicen en México: fea palabra.

No faltan facturas pagas e impagas, cedulones de impuestos y servicios, cuentas de teléfono, deudas en librerías. Nada tiraba el escritor. «Moriré empapelado», solía decir.

*PARA QUEMAR:* titulamos enorme caja que se llena de propagandas, boletos de ómnibus, diarios viejos, calendarios, notas, recordatorios, números de teléfono, nombres con un signo de interrogación, direcciones sin nombre. De lo mismo, rebotan los bolsillos de sus ropas. Varios portafolios, ahítos de papeles, descansan en el suelo, apoyados en las estanterías.

Gozo las lecturas. Daniel Azur fue escritor de oficio. Participaba en concursos literarios con afán, deportivamente, con interés y preocupación que no tenía por cosas más importantes. O que tenían que importarle.



Encontramos noticias de concursos recortadas de diarios, duplicados de sus envíos, avisos de resultados con suerte diversa. En alguna entrega de premios, Daniel improvisa un discurso que encontramos escrito, corregido, vuelto a corregir, estudiado de memoria.

En algún momento dice que la importancia de un concurso no reside en la entidad organizadora ni en la cuantía del premio. La jerarquía del concurso está en el prestigio del jurado. Termina así: «Ganar un concurso es coincidir con un jurado. Es para mí un honor, esta feliz coincidencia».

Se quejaba de que su mujer no concurreniera a estos eventos. Alcira menosprecia la parte social de la literatura, la hipocresía; la vanidad de los escritores, sólo superada por la vanidad de un escritor menor.

Prolífico Daniel:

*CUENTOS A CORREGIR*: aglomera parvas de textos mezclados. *PASAR A MÁQUINA*: otra parva de manuscritos. Numerar hojas. Rehacer.

*SIN VALOR, TIRAR*: ¿Por qué no los tiraba él? Él no podía tirar nada. Su corazón no se lo permitía.

Las pilas -montañas- de papeles amenazan sepultarnos. Algo nos impide tirar. Su manía guardadora nos ha contagiado.

Daniel Azur se retrata en sus cuentos. Cuanto más procura disfrazarse, ocultarse en sus personajes, más lo reconocemos. La obra de un escritor es su autobiografía. Sabemos de sus miedos, sus ilusiones, sus mitos, sus manías. En las mujeres que describe reconocemos a sus amantes y a sus amadas. Inútil fuera que intentara ocultar los nombres de aquellas mujeres, como juegos de palabras o de letras. Tenemos en su obra, su historia detallada, demorada en escenas aberrantes.

Cuando descubrimos que no amó a su mujer, Alcira quita la fotografía de él, que nos mira desde la mesa de luz del dormitorio. Que me mira trabajar en su biblioteca, desde un retrato en lápiz, obra de una de sus amigas, o amantes. «No tengo amantes, tengo admiradoras», solía decir, cuando estaba de buen humor. No frecuente.

Su mujer soportó sus rarezas. Conmigo descubre su talento. Alcira aprende a leer. Bah, descubre el placer de la lectura. De la lectura en voz alta, compartida. Leemos juntos. A veces demasiado juntos.

Alargo las horas en las tareas.

Atrapado por alguna novela, me quedo en la casa.

Atrapados, cabe decir, pues ella goza con los escritos de su marido. Con Alcira compartimos muchos días, muchas comidas. Muchas noches.

Como en un cuento suyo, reemplazo a Daniel Azur en su biblioteca, en su desorden. En su cama de matrimonio. Despertamos abrazados.

Cada vez me cuesta más separarme de ella.

Prolongo el trabajo, no quiero que termine. Ordeno, clasifico. Aún lo destinado a tirar o quemar, vuelve a su lugar de origen. Comienzo de nuevo. El escritor me ha transferido su desorden. Alcira lava mi ropa. En la cuerda del tendedero se agitan juntas mis medias y sus bombachitas. Me gusta que ella me diga buenos días con los ojos entrecerrados de sueño. Logramos una forma de convivencia que no tuvo con su marido.

Él estuvo casado con su máquina de escribir, me dijo alguna vez.

No es fácil subsistir para nosotros. Magra pensión dejó el escritor a su viuda. Poco aportó yo en recursos materiales. Salvo mi afecto, mi compañía, mi trabajo en la casa y en los papeles. Algunos concursos que ganara Daniel Azur tuvieron premios generosos. No duraron mucho. La mayoría de sus éxitos le redituaron medallas sin valor, diplomas ridículos que se amontonan en algún rincón, plaquetas en marcos dorados.

Cuando se escribe para el aplauso, sólo se cosechan aplausos. Soñaba ganar algún concurso con premio en dinero. Suficiente para comprarse un computador con impresora de textos.

- Meteré en la memoria de la máquina todo lo que he escrito y

quemaré los papeles. Única esperanza que tengo de no morir empapelado.

- No te ocurra lo que le pasó a Alicia Ares, la escritora y periodista.

- ¿Qué le pasó?

- Llevó al computador toda su producción literaria. Por alguna causa, «un virus» quizás, se le borraron mágicamente.

- Ojalá me ocurriera a mí -dijo Daniel-. Me libraría de personajes que me persiguen de día y de noche, que no me dejan dormir. Habría escapado de la cárcel que son mis novelas y mis cuentos.

Pobrecito, ignoraba que es preciso volver a tipearlo todo para que ingrese al ordenador de palabras. No le bastaría otra vida para volver a escribir lo que había escrito.

Solía decir que su esperanza era un incendio: «La liberación por el fuego». Que sólo quedaran los clásicos en su biblioteca inmensa.

A las malas ediciones de la gente que lo imprime todo, les decía «carne para las llamas».

Bajo una montaña de papel, rescatamos un cartapacio pesado, de tapas gruesas, duras:

*CUENTOS PARA MANDAR A CONCURSOS IMPORTANTES* - dice en un rótulo pegado. Desilusión. Sólo contiene un

cuento. Extraño, pues de todo hay montones.

Ignoro si la idea fue de ella. O fue mía.

- Lo mandemos a un concurso importante -dijimos a dúo.

Le dejamos el título y el seudónimo.

El cuento es éste: «**Carne para las llamas**». Seudónimo: Azur.



## Los enterrados

### Cuento policial sin policía

Imaginen que estamos en el fondo de una casa modesta, debajo de un gran árbol. A un costado de la casa, hay una bicicleta apoyada.

Personajes : la Mujer, el Marido, el Pocero, el Enterrador y los Cómplices.

La Mujer ha pensado, prolijamente, el asesinato de su Marido. Lo más difícil en todo crimen, es ocultar el cadáver sin dejar rastros. Sabe que no hay que andar con el muerto de un lado para el otro. Lo mejor es matar en el mismo lugar en que será ocultado el cadáver. También hay que evitar el derramamiento de sangre. La sangre delata. Alguien oye los tiros de revólver. Los venenos dejan rastros.

La idea de la Mujer consiste en hacer un pozo vertical en el fondo de la casa. Nada que recuerde una tumba. Un pozo angosto, de unos cuatro metros de profundidad, para un hombre parado, con dos metros de tierra por encima de la cabeza. Y un árbol, que se nutrirá del cadáver.

Al borde del pozo colocará una piedra grande y pesada. La Mujer se decide por un block de granito, de esos que se usaban antes para



formar los cordones de las veredas, que anda por el patio.

Cuando el Marido regrese del trabajo, como todos los días, y apoye la bicicleta en el costado de la casa; ella lo recibirá mimosa.

El Marido comenzará a acariciarle las nalgas; lo llevará al fondo para mostrarle el pozo «para la basura» y hojas secas, que ha hecho hacer.

El Marido se burlará de ella, como siempre.

- ¿Qué, pensabas encontrar petróleo? ¿De dónde vamos a sacar tanta basura para llenar este pozo? Vamos a tener que comprar basura a los vecinos...

Como al descuido la Mujer dejará caer en el fondo del pozo su reloj pulsera, regalo del Marido. Compungida, le pedirá que lo recupere.

- ¿A que no sos capaz de bajar?

Atará una sog a un árbol para que el Marido baje al pozo a buscar el reloj. Cuando el hombre esté abajo, cortará la sog a de un golpe, con la pala de puntear. Después, arrojará el block de piedra encima del Marido. Antes de que pueda reaccionar, comenzará a cubrirlo con tierra.

Encima, un árbol disipará toda sospecha por la tierra removida.

Después, será una mujer abandonada, otra más.

Se lamentará en todas partes, sin mezquinar insultos contra «el des-

agradecido que se fue detrás de una loca».

- ¿Cuánto me va a cobrar por cavarme un pozo para la basura, en el fondo de mi casa?

El Pocero es un tipo dudoso. Borrachín, mujeriego, ladrón. Pero incapaz de matar a nadie.

El tipo mira a la Mujer. La desnuda mentalmente. Está divina. Los pechos grandes, duros, separados, pugnan por escapar de la blusa. La comba del vientre: perfecta. Pelirroja, algo pecosa; lo que más atrae de la Mujer, es cierto desparpajo que muestra en todo.»Desfachatez», según las malas lenguas.

- Por ser usted, no le voy a cobrar nada. Pero va a tener que ayudarme...

Cuando el Marido sale para el trabajo, en su bicicleta, el Pocero entra en la casa.

Con un clavo como centro, un piolín como radio y un palito en el extremo, traza el círculo del pozo. Lo marca con la pala de puntear, empieza el trabajo. Antes pide una botella de vino, que deja a la mitad de un solo trago largo.

Al principio la tierra está dura, pero a poco la pala entra con facilidad. Palea directamente la tierra hacia afuera. Cuando la profundidad lo requiere, empieza a cargar la tierra en una bolsa con un aro de hierro que la Mujer iza y vuelca al borde del pozo.

Desde abajo el Pocero ve las piernas de la Mujer: perfectas, rosadas, torneaditas.

El tipo piensa aquello de: «si así son las vías, cómo será la estación»... Nunca se ha sentido tan bien pagado por tan poco trabajo.

Cuando el pozo avanza, desde abajo se le ven los calzones cuando se arrima a subir la bolsa con tierra: unas bombachitas chiquitas y ajustadas que no le llegan al ombligo. El tipo clava la pala con más fuerza.

A mitad del trabajo, el Pocero sale con cualquier pretexto.

Se toma la mitad del vino que queda en la botella. La Mujer aprovecha para hacerle correr el block de granito, pesadísimo, hasta el borde del pozo. El sudor hace brillar los músculos del tipo.

El Pocero sigue cavando hasta que a la Mujer le parece que la profundidad es suficiente. El tipo llegaría hasta el centro de la Tierra, si no estuviera tan excitado por la vista de la Mujer desde abajo.

Hace subir la pala, le grita desde el fondo:

- ¿Se anima a bajar para ver cómo quedó?

La Mujer tantea la sogá atada a un árbol, empieza a bajar al pozo.

Al rozar contra las paredes, se le sube el vestido. El Pocero la recibe anhelante, la abraza con fuerza, empieza a morderla. La Mujer intenta defenderse. Pega gritos cortos.

Cosa rara. Por presentimiento, tal vez, el Marido vuelve temprano del trabajo. Apoya la bicicleta en un costado de la casa. Oye voces en el fondo.

Ve el montón de tierra. Se asoma al pozo. La Mujer tiene el vestido desgarrado. El Pocero, casi desnudo, la abraza frenético.

Como si conociera el plan de la Mujer, el Marido corta la sogá con un golpe de pala. Empuja el block de granito, lo arroja dentro del pozo.

La piedra cae despacio, rozando las paredes. El Pocero se aplasta a un costado, la piedra le raspa la cara y el pecho antes de caer encima de la Mujer, que se ovilla en el fondo como pájaro bajado de un hondazo.

El Marido los escupe desde arriba, empieza a taparlos con tierra. Palea como desesperado.

El Pocero chorrea sangre, forma un barro rojizo. Intenta salir, trepa sobre la Mujer caída, sobre el block de granito. La tierra, como lluvia, lo enceguece. Con las uñas raspa las paredes del hueco, sube de a poco.

Cuando asoma sobre el borde, el Marido lo golpea con la pala en la cabeza.

El Pocero se agarra de uno de los tobillos del Marido, que arrecia con los golpes de pala.

Hasta que los dos hombres caen al pozo encima de la Mujer.

El Pocero toma al Marido por el cuello, empieza a apretar con las dos manos. El Marido pega, pega.

Apenas pueden moverse, como si el pozo se hubiera achicado.

Yo pasaba por la vereda con intención de ver a la Mujer, que suele estar en la puerta. Oigo los gritos. Entro.

Yo vi cuando el Pocero aflojaba las manos, la sangre borbotaba en su cabeza. El Marido se fue encogiendo poco a poco.

Piadosamente, empecé a cubrirlos con tierra.

Estaban vivos todavía. Bajo la tierra que les iba arrojando, se movían. Los tres. También la Mujer.

En el fondo, la tierra que se agitaba, parecía que estuviera hirviendo.

Después, puse un árbol encima. Éste, que se hizo grande muy pronto. Así ocurrieron las cosas. Ustedes ya saben cómo conseguí esta casa, esa bicicleta. Y qué hay debajo de este árbol.

Desde ahora; Ustedes, lectores, son mis Cómplices.

## El canto de la sirena

- Déjese de pensar en la muerte, Peláez -dice él -. Usted está clínicamente sano; le sobra tiempo, plata, salud. Si tuviera que mantener una familia, cumplir horarios, correr detrás del peso, no tendría ganas de pensar en morirse. No le gusta leer, no es bueno. Pero nada de televisión tampoco. ¿Remedios?: ninguno. Ni aspirinas.

Cuando Peláez se quiso suicidar, los compañeros del Colegio lo tomamos de los brazos, lo llevamos por la fuerza al siquiatra. Tiene razón el médico, se queja de lleno. La muerte de la madre lo dejó así. Vivió pegado a las «polleras del padre y a los pantalones de la madre», como dijo alguno.

Huérfano, se encuentra a la deriva. Heredero de lo que juntaron los inmigrantes aquellos, de su lenguaje rico, correcto; de las «zetas», las «ces», los «tú». Y la imaginación que se recibe de la madre.

- Ahora le toca vivir para usted -sigue él-. ¿Hasta cuándo se va a reprimir sexualmente? No es consejo, es una orden: se va a enamorar de la primera mujer sola que se le cruce en el camino. Sola sola. No empiece con mujeres que arrastran conflictos. No mire si es vieja ni joven, gorda o flaca. No se preocupe si tiene plata. No se meta con pendejas ni separadas, ni viudas con hijos. Hay demasia-



das mujeres solas que lo precisan, Peláez. No elija mucho: la primera que le lleve el apunte. Tendrá tiempo para cambiar. No se comprometa con casamiento, no contraiga deudas. No finja ser lo que no es. De entrada, dígale cuantos años tiene. Puede callar, por ahora, sus intentos de suicidio. No la ilusione de más. Si no le gusta, la larga y se busca otra. Le hago un desafío: no espere que la mujer lo conquiste a usted. Propóngase conquistarla. Conquistarla, no seducirla. Seducir es fácil.

Breve es el cambio de ideas entre los compañeros.

Le ayudamos a preparar la valija, lo acompañamos a la terminal de ómnibus. El plan es meterlo en el primer colectivo que salga con cualquier rumbo, que no sea muy cerca, para no tenerlo de vuelta al día siguiente.

Es también una forma de sacarnos de encima a Peláez, que nos ha agotado la paciencia. Tenemos que cuidarlo como a chico malcriado, que lo es.

Elegimos al azar entre los ómnibus que salen del país.

Le sacamos pasaje de ida solamente.

Él tiene que ignorar su destino inmediato.

Uno de nosotros le cubre los ojos con un pañuelo grande.

Peláez nos deja hacer, no reacciona.

Así es, como el suicida frustrado arriba a las solitarias playas



invernales de La Gaviota, en el Uruguay.

Sin preguntarle, casi, lo llevan a un hotel chico, que en invierno aloja viejos, neuróticos, inválidos, suicidas fracasados.

No es todo tan casual.

Los pasajeros comen en sus habitaciones. Poco hablan y se ven entre ellos. Algunos pasean solos por la playa, algunos pescan.

Muchos leen. Otros escriben. Matrimonios viejos juegan al Scrabble. Alguna pareja hace solitarios de naipes, cada uno por su lado.

Peláez duerme bien. Por el cansancio del viaje, por el aire del mar, por el silencio. Hacía años que no dormía tanto.

Por aburrimiento toma un libro. «Por primera vez puedo terminar de leerlo», confiesa.

Atardece cuando abre la ventana de su cuarto.

Una mujer canta con buena voz. El viento trae una canción antigua. Se asoma, no ve nada: El repetido paisaje de playa de invierno, la bruma, el frío.

Al día siguiente, tras el crepúsculo, vuelve a escuchar a la mujer que canta. Practica escalas.

- ¿Oye? -pregunta a una mucama que entra al cuarto.

- ¿Qué tengo que oír?

- Una mujer que canta.

- Será alguna radio, o uno de esos aparatos de hacer música... - responde, se va.

Pelález sale a caminar, con la esperanza de descubrir a la cantante de la puesta del sol. No la encuentra.

La voz llega según la dirección del viento. Se pierde.

Un atardecer, comenzado el canto, sube a la terraza del edificio, armado de anteojos largavista. Lejos, ve la figura solitaria de una mujer acostada en la arena.

Las olas avanzan con la marea. Baja. El canto continúa.

Echa a correr hacia el mar. Sigue por la playa.

Extraña figura la de Pelález: vestido con traje, corbata, chaleco, zapatos, medias, corriendo en la arena. Sujeta los anteojos con las manos para no perderlos.

Larga es la carrera. La sangre le hormiguea en todo el cuerpo. Años que no corría. Llega acezando. Un montículo de arena, lamido por las olas, señala el lugar donde estuvo acostada la mujer.

Se sienta agitado. Con el antejo busca en el mar. Lejos, asoma un rostro y un brazo que saluda. «La sirena», piensa Pelález. Desaparece de su vista.

Con tristeza vuelve al hotel, sin apuro.

Los atardeceres, abre la ventana, ilusionado. Inútilmente.

«Se la llevó el mar», se dice para sus adentros.

Una noche sin luna vuelve a escucharla. No ve nada. Lo mismo hace el largo camino por la playa. La arena se le mete en los zapatos, en las medias; alguna ola moja los bajos de su pantalón.

A medida que avanza, más claro le llega el canto.

Algo extraño lo atrae. Es una sirena nomás, piensa: «una sirena varada», como en las comedias.

Recostada en la playa, de un montículo alargado de arena, asoma el torso desnudo de una mujer. Junto a ella el salvavidas del bañero, en el extremo de larga sogas de nailon.

A medida que el hombre se arrima, la voz de la mujer desciende, hasta ser un susurro cuando está junto a ella.

Peláez imagina una cola de pez bajo la arena, que la cubre de la cintura para abajo. Las olas avanzan, a lametazos intentan desnudarla.

No es una mujer hermosa: cabellos teñidos; hombros fuertes, muy blancos, con pecas rojizas. Brazos sólidos, gruesos, de gimnasta. Ojos chiquitos, grises; boca sensual. Pechos pequeños, separados. Peláez se arrodilla.

- Tengo sed -dice la mujer.

Él mira hacia todos lados. Allá lejos amarillean las luces del hotel.

- ¿Dónde hay agua para beber? -pregunta el hombre.

- Quiero jugo de naranjas exprimidas. Naranjas fruta, odio los líquidos artificiales.

Peláez se pone de pie, le crujen las articulaciones.

Sale corriendo con bailoteo de los anteojos que le cuelgan del cuello.

Eterna y pesada es la distancia arenosa hasta el hotel.

No hay nadie en el bar, va a la cocina.

- Dos vasos de jugo de naranjas exprimidas, por favor.

- ¿No quiere jugo de botella o de lata?

- No. De naranjas naranjas -ordena.

Comienza la búsqueda de la fruta, del exprimidor.

- Vaya nomás, se lo llevaremos a su cuarto.

- Tengo apuro, lo espero para llevarlo. Dos vasos grandes, por favor.

Demoran como estúpidos. Por fin sale con los vasos altos, llenos hasta los bordes. Más ridículo se ve de traje, corbata, chaleco, zapatos. A trancos por la arena, para no derramar el jugo. Cuando llega, el mar cubre el lugar donde encontrara a la sirena sedienta. Apenas asoma del agua el soporte del salvavidas y la soga.

Cuando las olas retroceden, algo del montículo de arena, que se borra poco a poco, indica el lugar que ocupara la sirena varada.

Maldice la lentitud para hacer un jugo de mierda, su inhabilidad para caminar por la arena con dos vasos llenos en las manos.

Esperanzado mira el agua.

Bebe uno de los vasos, al otro lo vuelca en el mar, con la intención de que ella lo vea.

Cuando era chico, jugaba a las escondidas con su madre.

«Mamá... ¿dónde estás?». «Aquí estooy...» contestaba la madre como si estuviera lejos.

- Sireena... ¿dónde estás?- grita, como si fuera chico otra vez.

Sin respuesta.

-»Qué boludo, dirían los compañeros si me vieran».

Regresa defraudado a su cuarto. No quiere comer.

A pesar del frío deja la ventana abierta.

En el hotel comentan de una huésped que se hace trasladar a la playa cuando no hay nadie. «La Cantante», una soprano que fue famosa; perdió la voz, con la voz perdió la fama. Frente al mar se ejercita para recuperarla.

Imaginativo, Peláez se piensa con la sirena en brazos, camino de la playa. En sueños eróticos, se aparea con un pez mitad mujer, que usa los brazos para reemplazar las piernas. Despierta sudoroso. Como un rito, a la puesta del sol, otea el mar con el largavista. No la ve. Quizás la mujer canta, pero el viento lleva su voz hacia el mar.

Deambula por la playa, vuelve con los pantalones mojados, los ojos llorosos. Por primera vez en su vida se siente seducido. No le importa quién es, cómo es. La acepta sin condiciones.

Sin cantos que lo guíen, la encuentra un anochecer. Como aquella vez, asoman sus hombros, los brazos, el rostro. Los senos pequeños, separados. Una manta gruesa la cubre de la cintura hacia abajo. De rodillas, le pide que no lo mande a buscar nada. Que no lo aleje de ella.

Suavemente acaricia los cabellos de «la sirena», secos por el teñido y por el agua de mar. Imagina que son algas. Con los dedos dibuja el perfil de la mujer quieta. Se detiene en los labios, baja por el cuello.

Acaricia los pechos duros. La mujer se estremece, él siente que el sexo se le rebela. Ella le quita las manos de encima. Peláez se pone de pie.

- ¿Puedo ver tus escamas?

- ¿Qué escamas? -pregunta asombrada la mujer.

- Las que cubren tus piernas.

Llorando la mujer repite su historia. Cantante famosa, pierde la voz; la recupera lentamente.

- Quise suicidarme. Alguien me tiró de los brazos para evitarlo. El tren me cortó las dos piernas.

SEGUNDO PREMIO  
RAÚL JORGE LIMA  
PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

El viaje (1840) - *Cuento premiado*

La función de gala (1910)

Catálogo de pasajeros a Indias

El hilo de Ariadna

El bastón de estoque (1953)





## El viaje (1840)

El Capitán se dispone a partir y lleva apuro (por finalizar su viaje lleva apuro).

La revolución contra el caudillo Juan Felipe Ibarra ha fracasado y ahora el Capitán debe emprender este viaje. Muchos fueron los brazos que en el Polvorín lancearon al Coronel Pancho Ibarra, el hermano del caudillo; pero el Capitán asumió, él solo, la responsabilidad por su muerte: que se salven los que quedan, que se libren del fusilamiento, que se libren -sobre todo- del enchalecamiento (el espantoso suplicio del retobo de cuero).

Ahora el Capitán debe partir... Después de todo, el recorrido, aunque incómodo, será corto (apenas más largo que el paseo que acostumbra hacer, con su familia, los domingos de invierno, gozando del sol tibio y admirando el rosado de los lapachos en flor).

Invitado a entrar en su transporte, el Capitán lo hace, inclinándose mucho la cabeza y acomodando el cuerpo para el viaje. Se introduce con aire decidido, sin ceremonias ni adioses: esta vez lleva apuro.

Cuando adivina que todo está listo, imparte al Sargento que lo conducirá, con voz marcial, la orden de partida (aunque no cree ser oído). Está en paz con Dios, pero, como le enseñara su madre

desde niño -y él continuó haciéndolo siempre, al partir en un viaje o antes de una batalla-, reza un Padre nuestro; esta vez le agrega un Pésame (“perdona que esta vez no me golpee el pecho”). El caballo arranca al paso.

Con los primeros zangoloteos del viaje, se le da por pensar en su mujer y en sus dos pequeños hijos y una ternura honda deviene en sollozos. (Se repone enseguida: cuando llegue a destino, nadie encontrará huellas de llanto en su rostro.) Ya lo tiene decidido: el mayor será, como él, militar. El segundo se doctorará en Córdoba, como el abuelo.

Por el traqueteo, el Capitán se siente algo mareado; además, lo sofoca el polvo blancuzco de la calle, que se cuele por los intersticios.

El caballo se pone al trote lento.

La oscuridad y el encierro le impiden ver la edificación chata que rodea a la Plaza Mayor. Curiosamente, lo persigue una idea ¿devolvió al Teniente Goncebat los diez reales que éste le prestó una noche de juego? el enfadoso movimiento no le permite recordar (parecería que el jinete que lo conduce se complaciera en hacer bailar al pasajero, pero imposible asomarse y recomendarle más cuidado). El pensamiento vuelve: y si no fuera así ¿no debió encomendar que se los pagaran? Cree haber saldado esa deuda, honestamente cree haberlo hecho, quizá aquella noche en que le tocó una racha

buena, en la fonda del andaluz; le hubiera gustado aclararlo antes del viaje. (Además, si logra distraerse un poco, el viaje se le hará más corto y soportará mejor sus incomodidades.)

A pesar del encierro y los tumbos, en la oscuridad cree oír una voz solitaria vivir su nombre (por fin un “viva” entre tantos “muera”). El caballo emprende un galope corto. (Las calles de tierra apisonada son tan desparejas que, por momentos, le parece viajar rodando de cabeza.)

Ya recuerda con claridad: pagó su deuda al Teniente (hasta recuerda quiénes fueron testigos). Ahora sólo espera que se salven los que quedan, que se libren del fusilamiento, que se libren -sobre todo- del enchalecamiento (el espantoso suplicio del retobo de cuero).

El Capitán lleva apuro, por finalizar su viaje lleva apuro. Intuye que está pasando frente a la Iglesia matriz (le impiden persignarse la postura y el apuro).

A los brincos, rueda y rueda el Capitán (la cabeza entre las rodillas, los brazos muy pegados al cuerpo...) Al llegar a la esquina de la Acequia Real pierde el control de los esfínteres; la razón, a la media cuadra (sólo entonces comienzan a escucharse, muy apagados, esos gritos como aullidos).

Cuando el Sargento Sofanor Barraza regresa al cuartel de Ibarra, una vez terminada su vuelta alrededor de la plaza, dos milicianos cortan los tientos de la pelota de cuero que aquel arrastró, botando

y rebotando, atada con un lazo a la cincha de su caballo. En su interior, el Capitán Santiago Herrera, retobado en cuclillas, es un pedazo de carne sanguinolenta, del que acaba de huir la vida, espantada.

El Capitán ya no tiene apuro.

Con el potro de su pueblo ya dócil entre las piernas, el caudillo se alborozaba: “Pancho, te estoy vengando” (y el rostro de Don Juan Felipe Ibarra es una esfinge).

## La función de gala

(1910)

Don Ignacio lleva a cabo su rito diario. Apoyado en su bastón ha llegado frente a su escritorio, desplegando sobre éste parte del enorme rollo, que cubre toda su superficie. Sobre cada uno de los apellidos sonoros escritos con tinta china, está dibujado un escudo heráldico y éstos resaltan con la última luz de la tarde, a través del ventanal del primer piso, justo frente al gran Teatro que, ante su total indiferencia, se ha inaugurado cuatro días antes y está en boca de todos. Los colores en el papel de la ejecutoria, fulgen: oro, gules, plata, azur, sinople...

Es éste ya el único placer en su vida de solterón maduro, sin parientes cercanos, postrado por la gota. Y este placer no lo comparte. Ni a esos sobrinos terceros, que lo visitan en forma cada vez más espaciada y siempre llevados por un interés, les ha mostrado su preciado tesoro. Afamados heraldistas se esmeraron para realizar tan magnífico trabajo, a través de la mediación del pariente lejano que aún mora en la antiquísima casa solariiega. Allí están las firmas y los sellos lacrados que dan fe de su autenticidad: el rey de armas de Navarra, las Reales Chancillerías de Valladolid y de Granada, la Junta General de Guipúzcoa. Nueve años ha aguardado Don Ignacio por él y su costo le llevó el resto de su fortuna. Pero en estos

ratos que pasa observándolo, acariciándolo, se siente pagado con usura: vuelve a ser el señor al que el pueblo llano debe respeto, aunque no tenga ya mesnada y su señorío se encuentre reducido a este caserón con ventanal en el primer piso, frente al flamante Teatro, en el centro de la ciudad vieja.

Don Ignacio ya no sale...¿qué puede importarle a él el nuevo barrio sirio que ha comenzado a formarse junto a la plaza principal? ¿O el Parque y su plantación de eucaliptos, que se inicia a dos cuadras de su casa y llega hasta el río? Sus ascendientes trazaron esta ciudad hace más de tres siglos y medio y -emparentados por sucesivos matrimonios- han conducido sus destinos como capitulares, Regidores, Alcaldes, Gobernadores... Ahora siente que la ciudad vieja le ha sido quitada, arrebatada por los gringos vocingleros, que con su hablar gesticulante han invadido las calles, ¡hasta el Club! Don Ignacio ha enviado a la Comisión Directiva una nota de renuncia tajante, enérgica, donde advertía que si las cosas seguían así ¡en diez años más se apoderarían de la Casa de Gobierno, de los Tribunales, de la Legislatura, de la Intendencia! Don Ignacio ya no sale...su ciudad ya no es su ciudad.

Además, debe cuidar sus gastos. Desde que murieron sus padres, todo se lo ha ido llevando el tiempo y el tratamiento de su dolencia. Hasta la estancia de Matará ha debido venderse y ya no recibe de allá los melones sabrosos ni la miel, la rica miel que tanto bien



le hacía. Y el Gobierno, que ha dejado de pagarle la pensión... ¡Ingratos! Con lo que su sangre ha aportado a la ciudad durante siglos...

Don Ignacio ha ido desplegando el papel enorme, que cuelga ahora por detrás del escritorio. Ha llegado a la parte que más le atrae; aquí, sobre los coloridos escudos heráldicos, que vistosos lambrequines resaltan, aparecen las coronas correspondientes a los títulos nobiliarios; y lucen las de Barón, Vizconde y Conde; hasta la de un Marqués... Don Ignacio siente que el orgullo por su linaje lo invade como un calorcito reconfortante que lo pone al abrigo del frío de mayo que se cuele por el ventanal. Hasta de comer se olvida. Hasta de su soledad se olvida. Hasta del amor que dejó pasar una vez por sospechar en la mujer amada una veta de sangre mestiza, se olvida. Está tan reconcentrado, que no ha advertido la espléndida iluminación del gran Teatro, que se ha colmado de mujeres vestidas con lujo y hombres de etiqueta, cuya función de gala pronto tocará a su fin.

Don Ignacio está decidido a dilucidar el punto de una vez: en campo de plata, un manzano de sinople, sí; pero el manzano ¿es frutado de oro? Así lo afirman los autorizados heraldistas. Sin embargo, aquel escudo que se encontraba en la carpeta forrada en piel que fuera de su padre... Trabajosamente, la baja del último estante de la biblioteca y sopla el polvo que la cubre. Sí, allí está el escudo que

busca y también, entre la tapa y la piel que la cubre, asoma apenas la punta de un papel amarillento, un papel por el que la criada aindiada, que muriera hace un mes y que con tanta fidelidad lo cuidara durante más de medio siglo, entregaba su hijo varón de sólo un año, a sus patrones, para que éstos lo criaran como propio y le dieran su apellido.

Don Ignacio se explica ahora muchas cosas: sus pómulos pronunciados, su tez algo morena, su barba rala, su ningún parecido con los varones de la familia, que desde los severos retratos de las paredes lo miran ahora como a un intruso, como a un intruso... Don Ignacio comprende los cuidados de la anciana que lo atendiera hasta el final, aún mucho después de que no pudiera pagar su sueldo; entiende ahora la mirada tierna, compasiva, que le brindara la luna del espejo, cierta vez que ella se encontraba a sus espaldas y él, inclinado sobre el árbol genealógico, levantara de pronto su cabeza.

La función de gala del 25 de mayo, ha finalizado. El Gobernador Manuel Argañaraz -de riguroso frac-, saluda al maestro Marranti, quien ha dirigido con su batuta a la Compañía Lírica de la Scala de Milán, y besa la mano de la soprano Celestina Boninsegna. La elegante concurrencia, aún con los últimos acordes de *Aída*, resonando en sus oídos, abandona el amplio foyer, baja la escalinata y colma ya la calle. En su entusiasmo no advierte que sobre ella se ha entreabierto el ventanal de Don Ignacio, hasta que por él sale, ale-

teando, un carcajeo largo, interminable. Al mismo tiempo, una lluvia de trocitos de papel cae sobre sus cabezas azoradas; papelitos de color oro, gules, plata, azur, sinople...



## Catálogo de pasajeros a Indias

Desde hace días concurre al Archivo de Indias, en Sevilla. Sé que hoy también lo encontraré ubicado en su sillón frente a mí, con su barba entrecana y sus anticuados anteojos de carey, sin los cuales -a tal punto nos parecemos- podría ser yo mismo. Hasta su apellido es el mío: Velázquez. Presiento que una vez más solicitaremos los mismos libros y similares documentos, que luego, pretendiendo ocultar nuestra embarazosa sorpresa, nos ofreceremos mutuamente con una disculpa cortés.

Con el correr de los días, el diálogo se ha hecho algo más espontáneo, a pesar de nuestro carácter introvertido; he sabido que su nombre de pila es Diego, enseña Historia Moderna en una universidad matritense y habita un apartamento en las afueras de esa capital. Goza en la actualidad de su año sabático.

Mientras aguardo la hora de ir al Archivo, bebo mi jerez -no he podido transar con el popular gazpacho- y al contemplar el fluir de las aguas del Guadalquivir medito en las infinitas variantes, en el sinnúmero de alternativas que ofrece la vida; si mi antepasado Juan Velázquez no hubiera viajado a Indias en la primera mitad del siglo XVI, ¿cuántas personas hubieran tenido un destino diferente? Muchas vidas no hubieran sido y en cambio hubiera habido otras, distintas, habitando la España nativa. Quizá mi ocasional compañero

de investigaciones en el Archivo sería uno de sus descendientes y yo simplemente no hubiera existido.

El rumbo de mis pensamientos me lleva inconscientemente a recordar que ayer, al salir de la agencia de turismo, busqué distraídamente en el mapa de Argentina la localidad cercana a Buenos Aires que lleva el nombre de mi bisabuelo; siempre he experimentado un vago placer por ello, como si por tratarse de una zona de tradición campera, la dosis de sangre gaucha que llevo en las venas me redimiera por las excesivas comodidades de que me rodeo en la ciudad. Extrañamente, el pueblo no figuraba en el mapa -encontrándome a tanta distancia, me hubiera hecho sentir bien leer el viejo nombre familiar-. Otra circunstancia curiosa: Don Diego no conoce mi reciente libro "*A cinco siglos de la heroica gesta*", lo que me parece raro, máxime teniendo en cuenta su actividad docente; debo confesar que me sentí bastante humillado y para consolarme lo busqué en las vidrieras de las librerías de la calle de las Sierpes; no hallé un solo ejemplar. Por fin me decidí a preguntar en algunas de ellas, pero no habían oído hablar de él ni figuraba en sus catálogos. Tal parece que mi sino es que todo lo que tenga alguna relación con mi persona sea ignorado en Sevilla. Pero ya la Torre de Oro comienza a recibir los rayos del sol andaluz; levanto mis carpetas y cuadernos y me dirijo al Archivo. Estoy seguro de que esta vez encontraré el asiento por el que consta la partida a Indias de mi

antepasado Juan Velázquez.

\*\*\*\*\*

Don Diego Velázquez llegó al Archivo con cierto atraso, cavilando aún en el extraño sueño que tuviera la noche anterior, que recuerda con bastante nitidez. En este, un investigador argentino de su mismo apellido, que se decía autor de un libro sobre la conquista de la América española, buscaba un dato estrechamente relacionado con el que hoy, ¡por fin! conseguiría. Historiador y genealogista, siempre le interesó informarse sobre el frustrado viaje de su antepasado Velázquez a Indias; recibe el tan buscado catálogo de asientos de la Casa de Contratación y ocupa la butaca de costumbre. Frente a él, una mujer de evidente origen germano, alta y rubia como una valquiria, se arrellana en el sillón que estuviera hasta hoy desocupado. Don Diego, luego de limpiar cuidadosamente sus lentes -la pequeña demora aumenta placenteramente su expectativa-, lee con fruición: “*AÑO 1540, ASIENTO N° 1.265, 24 DE FEBRERO. JUAN VELÁZQUEZ, HIJO DE CRISTÓBAL VELÁZQUEZ Y DE JUANA GONZÁLEZ, VECINO DE TRUJILLO, AL RÍO DE LA PLATA*”. A esto le sigue un lacónico “*ESTE ASIENTO ESTÁ TACHADO*”. Con los ojos enrojecidos por el esfuerzo efectuado en desentrañar la antigua y complicada grafía, se siente bastante



decepcionado. Cierra el libro pensando que no había conseguido más que constatar lo que ya conocía: que el viaje de su antepasado no se había realizado, pero sigue sin conocer la causa de ello. No puede evitar que desfilen por su mente algunas de las posibles consecuencias que hubieran derivado de que el viaje se hubiera por fin efectuado, como en el sueño de anoche sostenía el estudioso argentino.

\*\*\*\*\*

Un rayo de sol, entrando por la ventana que da sobre la calle Lavalle, me despierta. Trabajosamente me levanto y bajo la persiana. Me deprimen enormemente las mañanas de domingo en el centro de Buenos Aires, con sus calles solitarias contrastando con el bullicio de la multitud que, incesantemente, como una verdadera marea humana, desfilara a mis pies ayer por la noche y que indefectiblemente volverá esta noche, distinta en los individuos que la componen, pero igualmente uniforme, indiferente, distante, anónima; sólo sus vestimentas han ido cambiando desde la época en que, parapetado tras la baranda del balcón del primer piso, oculto por las gárgolas rematadas en monstruosas cabezas de piedra, he atisbado su paso, cuando sólo era un niño tímido y retraído. Deseo que transcurra pronto este solitario domingo y con la noche vuelvan a en-

cenderse los carteles luminosos de los cinematógrafos y los bares. He dormido profundamente por efecto del somnífero y he soñado con mi siempre postergado viaje a Sevilla. En mi sueño me encontraba por fin allí, pero luego me convertía en sólo la imagen del sueño de otro, un investigador español que estaba convencido de que mi antepasado Velázquez no se trasladó al río de la Plata en el siglo XVI. Empiezo a creer que allí estriba la verdad. Si la razón por la que se encuentra tachado el asiento en el Catálogo de Pasajeros a Indias se debe a que el viaje no se llevó a cabo, entonces yo no soy más que la figura de un sueño -seguramente del mismo Don Diego Velázquez-, quien al despertar hará que yo desaparezca como una pompa de jabón y con mi persona, mis recuerdos, mis hábitos, mi incuria, la misantropía que me acompaña desde mi adolescencia, hasta este viejo caserón repleto de libros que ya resulta un anacronismo en esta calle y que sólo un misógino solterón como yo podría habitar; y junto a los libros, el grueso manuscrito inconcluso, y los mapas con detallados itinerarios de futuros viajes ¡oh manes de Tartarín de Tarascón! Viajes que de todos modos nunca realizaré, porque con mis demás circunstancias se desvanecerá también este mal que ya no me permite respirar. Creo que si Don Diego demora en despertar, se va a encontrar soñando con un muerto.



## El hilo de Ariadna

La fuga se produjo a caballo, el 12 de Diciembre de 1847. Estos fueron los datos enviados para facilitar la investigación:

*“CAMILA O’GORMAN; Patria: Buenos Aires; Estado: soltera; Edad: 20 años; Color: Blanco; Ojos: Negros, de mirar agradable; Estatura: Muy alta, delgada de cuerpo, bien repartido; Boca: Regular, Nariz: Idem; Pelo: Castaño obscuro. Señas particulares: un diente adelante empezado a picar”.*

*“CLÉRIGO ULADISLAO GUTIÉRREZ; Patria: Tucumán; Estado: Eclesiástico; Edad: 24 años; Color: Moreno; Ojos: Pardos, grandes y saltados; Estatura: Regular, delgado de cuerpo; Boca: regular; Nariz: regular; Barba: Entera; Pelo: Negro y crespo. Señas particulares: Un lunar en la cara”.*

\*\*\*\*\*

El primero que me puso sobre la pista fue Olaf Stapledon: “En un mundo inconcebiblemente complejo, cada vez que una criatura se enfrentaba con diversas alternativas, no elegía una sino todas, creando de este modo muchas historias universales del cosmos”. Tardé en descubrir que esta creación literaria, utópica, encerraba una pequeña dosis de horrorosa verdad: he llegado a comprobar que en algunas oportunidades -creo que muy pocas- una persona puede optar -sin saberlo- por dos alternativas a la vez, a pesar de ser excluyentes según las leyes naturales. También me ha sido dado comprender que la doble opción, además de ser inconsciente, permanece ignorada por los demás seres. Hasta que me inicié en este misterio, mi vida estuvo signada por una horrible sospecha: el Minotauro de la locura acechaba en el oscuro laberinto de mi cerebro. Era la única explicación que entonces encontraba para los ominosos sueños que desde siempre poblaron mis noches. Ahora veo con claridad lo que ellos, los que siempre me han mirado con sorna por lo que consideran mis rarezas, jamás han alcanzado a barruntar. Además sé – por estremecedora experiencia propia- que la prole de los seres que lo sufren quedan unidos durante generaciones por a veces asombrosos parecidos de familia y por una densa telaraña de sueños compartidos, semejante a los sutiles lazos que unen a los hermanos gemelos. Algún día la Parapsicología lo descubrirá y lo hará objeto de su estudio; lo llamará “fenómeno de

seudoubicuidad” o algo parecido y considerará -como siempre- que habiéndole dado un nombre científico ya ha logrado elucidar lo inexplicable. Por ahora, creo ser el único poseedor del secreto de la existencia de este misterio, que al revelarme el origen de mis cotidianas, aterradoras pesadillas, ha evitado que mi mente se derrumbe en el pozo sin fondo de la demencia.

\*\*\*\*\*

Por la noche llegaron a la Villa del Luján y sus cuerpos, cansados por la cabalgata, debieron refugiarse en una enramada, ya que el desconfiado pulpero no quiso abrir la puerta. A la mañana siguiente, mal dormidos, se dirigieron -con un guía bien pagado- al río del Pilar. El se hacía llamar José “...e iba recién afeitado en caballo bayo sebruno, con apero, toleras, valija y unas maletas de chaqueta de paño, pantalón oscuro, bota fuerte, poncho tejido oscuro, gorrita de paño y anteojos verdes”. Ella decía llamarse Florentina, “...iba en un caballo ruano, gordo y rabón con vestido claro, poncho inglés color café con guardas punzones, gorrita de paño y también anteojos verdes, en silla de señora, nueva; que aparentaban estar muy contentos, sin embargo que ella iba algo enferma...” Después fue Santa Fe, donde él dijo que eran casados y que el pasaporte lo había perdido del bolsillo del chaleco en el camino. Cruzaron el

Paraná en la goleta “Río de Oro” y en la provincia de Entre Ríos él obtuvo un Pasaporte a nombre de Máximo Brandier, natural de Jujuy, de ocupación comerciante. Era una fuga alocada, en la que no sabían a ciencia cierta adónde se dirigían. Por fin llegaron a la provincia de Corrientes, estableciéndose en Goya. Camila se hace llamar Valentina Desan, proveniente de Salta con su marido. El aparente matrimonio es aceptado con agrado por las familias del lugar, -su juventud, los cultos modales, su aspecto agradable, influyen en ello-; fundan una escuela y se dedican con éxito a la enseñanza de niños. Llevan una vida reservada y aceptan sólo los compromisos sociales que no pueden rehusar.

16 de Junio de 1848: la pareja es invitada a una tertulia en una casa de familia; deciden asistir y allí Gutiérrez es reconocido por el sacerdote irlandés Miguel Gannon con quien mantuviera ocasional relación cuando aquél se desempeñaba como cura de la Parroquia del Socorro. Denuncia, interrogatorio, contradicciones; por fin, la confesión. La vuelta a Buenos Aires con fuerte custodia, él con barra de grillos. A Camila la esperan dos cómodas habitaciones en la Casa de Ejercicios, una criada que proporcionará su familia y muebles comprados al efecto por su amiga Manuelita Rosas. Hasta un piano es encargado, que la Directora no acepta. A



Gutiérrez lo aguarda un calabozo en la prisión del Cabildo, pero alfombrado y con abundante provisión de libros de literatura e historia.

En el camino llega la orden de aquél cuya autoridad no se discute y la caravana desvía hacia “Los Santos Lugares de Jerusalén”, ahora llamados “Los Santos Lugares de Rosas”; arriban entre el 14 y el 15 de agosto de 1848 y son colocados en celdas separadas. En forma inesperada, el día 17 Antonino Reyes recibe el imperioso mandato: “...fusilar a los dos al venir el día”.

Reciben asistencia religiosa y Camila es invitada por el Capellán – el padre Castellanos- a beber de un frasco unos tragos de agua bendita para bautizar a la criatura que lleva en las entrañas, como lo ha certificado el médico de la temida Prisión. Camila obedece.

La hora ha llegado. Con los ojos vendados, son sacados al patio donde tendrá lugar la ejecución, conducidos en sendas sillas de hombros, que son sostenidas por presos. Ya atados a los banquillos sujetos al muro, Gutiérrez protesta a viva voz contra la ejecución de Camila hasta que una descarga pone fin a sus palabras y a su vida. Lo que sigue es dantesco. Al oír las detonaciones Camila pierde por completo su aparente serenidad. Aterrada, grita y suplica al Padre Castellanos que se acerque, que no la abandone. Los recios soldados –que creían estar acostumbrados a todo- no se atreven a disparar. Por fin, ante amenazas del Jefe del pelotón, tres trémulos

dedos oprimen el gatillo, si bien no todos los disparos aciertan. Camila, herida, consigue con movimientos convulsivos desprenderse del banquillo. El blanco vestido –ya ensangrentado- se ha incendiado con la pólvora y le son arrojados varios baldazos de agua para apagar el fuego. Sus lamentos causan espanto; el Padre castellanos se ha desmayado. Nuevas órdenes del Jefe -impartidas a gritos-, consiguen que los soldados de reserva del pelotón efectúen nuevos disparos, que no alcanzan a matarla, pues su cuerpo todavía se agita. Por fin, un soldado que aún no había disparado, se acerca y con un tiro en la sien termina con su sufrimiento. Los cuerpos de la infortunada pareja son colocados en un cajón para fusiles, dividido al medio por una tabla.

16 de Junio de 1848: Uladislao y Camila, que sienten acercarse el largo e implacable brazo del Restaurador, optan por no concurrir a la velada, considerando que no es prudente mostrarse demasiado en público. Esa misma noche, enterados de la presencia del sacerdote Gannon en el lugar, dejan Goya y - provistos de buenos caballos- recorren la provincia de Oeste a Este. A la altura de Santo Tomé cruzan el río Uruguay en un lanchón. Ya en territorio brasilero, bajan desde São Borja hasta Uruguaiana; descansan un par de semanas y se internan en el Uruguay, estableciéndose en Durazno. Allí nacerá el hijo -el único que tendrán- a quien bautizan Máximo,

Máximo Brandier, como su padre, ya que éste seguirá llamándose así hasta su muerte. Permanecerán largos años en Durazno, él dedicado a actividades comerciales, ella otra vez a la enseñanza. Con el tiempo -el hijo ya mozo- se radican en Montevideo, donde Gutiérrez vivirá hasta 1878. Camila lo sobrevive y muere en 1885. Jamás quisieron volver a la ciudad de la que fugaran, pese a no haber ya peligro para su libertad. Vivieron una vida modesta y recogida, satisfechos con la mutua compañía y la de su vástago.

En cuanto a su hijo, después de la muerte de su madre - hombre maduro- cruzará a Buenos Aires, adonde se radicará, formando un hogar. Ignoro si el secreto le fue transmitido, pero me consta que jamás intentó acercamiento alguno con su familia materna. Lo sé porque yo también me llamo Máximo Brandier, como el hijo sacrílego -mi ascendiente- el mismo ¿el mismo? que llevaba Camila en su seno el día de su ejecución y en mis sueños siempre está presente un ser que, envuelto en la obscuridad y sumido en la mayor impotencia, de alguna manera sabe que va a ser aniquilado en forma inminente y no puede siquiera llorar su inocencia.-



## El bastón de estoque

(1953)

He sido deshonrado. Durante casi dos siglos he sido orgullo de mis dueños, y ahora he sido deshonrado. Siempre he gozado cuando mis sucesivos propietarios mostraban, bajo mi ropaje de fina caña de Malaca, mi alma de buen acero toledano. Me había propuesto no ser nunca desenfundado sin honor, y ahora - por no haber sido desenfundado, por no haber podido ser desenfundado - terminaré mis días deshonrado.

Nací en el año del Señor de 1776, en Toledo, en el taller del buen maestro Giuseppe Calvancanti, tercera generación de armeros procedentes de Milán y quienes, merced a su arte, llegaron a ser designados armeros de Su Majestad (consta así en mi puño y contera, de plata y marfil). Junto a espadas, puñales, dagas y misericordias, cómodamente instalados en un estante, asistíamos a la diaria labor de la fragua. Éramos jóvenes, y estábamos seguros de ser, una vez lanzados al mundo, protagonistas de hechos gloriosos. Recuerdo que apostábamos a quién sería nuestro primer dueño. Hinchidos de vanidad, nos exhibíamos ante la distinguida clientela del Maestro; nobles personajes nos empuñaban, nos blandían, discutían sobre nuestras bondades y, casi a diario, uno de nosotros era separado del grupo para iniciar su propio camino. Lo despedíamos como a un

amigo, seguros de no volverlo a ver. Nuestro buen padre sufría con cada separación, y no cesaba de encomendarnos a nuestro nuevo dueño.

Una fría mañana de febrero fui adquirido –para mi desilusión, ya que esperaba pertenecer a algún personaje célebre de la Corte- por el hijo de un comerciante en paños, quien –destinado a América por su padre ante el fracaso de sus estudios en Salamanca— quiso, con mi prestancia, causar buena impresión al tío indiano a quien iba encomendado; también pensó que, en un medio desconocido y que él imaginaba semisalvaje, la templada hoja de acero que ocultaba la caña, sería quizá de gran ayuda. Pocos meses después, desembarcaba en la ciudad de Buenos Aires, la que, tras el trayecto en el bote y en la carreta que nos trasladaron desde el barco a tierra, se presentó a mi vista como poco más que un villorrio con ínfulas de flamante capital del Virreinato del Río de la Plata.

Mi dueño –de pocas luces pero de buen ver- se presentó esa misma tarde en casa de su tío, en la calle De las Torres, vestido con su mejor ropa y portándome con donaire. Las miradas lánguidas que destinara durante toda la velada a la más bella de sus primas, que no pasaron desapercibidas para el padre, sólo lograron que éste decidiera enviarlo cuanto antes a la ciudad de Córdoba, donde también tenía intereses comerciales. Pocos días después, tras un incómodo viaje en galera por caminos polvorientos, me encontraba en



mi nuevo destino. Mi dueño no tardó en dejarme como prenda en una mesa de juego, donde perdió cuanto llevaba en la escarcela y el adelanto de varios salarios: nunca me recuperó.

Luego de pasar por las manos villanas del propietario de la fonda donde mi ingrato dueño me abandonó —el posadero nunca me apreció en mi justo valor—, pasé a las de un caballero de la ciudad de Santiago del Estero, adonde he permanecido hasta hoy, hasta mi deshonra, hasta mi cercana muerte. Ésta ha sido mi ciudad. En la misma familia, he pasado de generación en generación, siempre respetado, con mi exterior de caña lustrada con esmero, y engrasado el resorte que, ante la leve presión de un dedo, liberaba del todo la afilada hoja toledana, como lengua veloz y mortal de un áspid. Muchos caballeros, amigos de mis sucesivos dueños, me admiraron. Durante cinco generaciones acompañé a los varones de la familia. Les brindaba confianza empuñarme, en asonadas militares, en mitines políticos y, más recientemente, a la salida del gran teatro, seguros de que, llegado el caso, podían confiar en mí. Aún recuerdo el alboroto producido por las noticias llegadas en junio de 1810 sobre la destitución del Virrey en Buenos Aires, y la llegada del Ejército patrio con los primeros calores de octubre, al que se incorporó la inexperta pero entusiasta tropa de Borges (la familia de mi dueño incorporó dos de sus miembros, casi niños, a los Patricios Santiagueños; de buena gana los hubiera acompañado para protegerlos).



Pero creo que alcancé mi mayor notoriedad en las jornadas que desembocaron en la autonomía provincial. Acompañé a quien era entonces mi dueño, don Manuel, por las calles del barrio de las Catalinas, durante la contienda mantenida en los alrededores de Santo Domingo entre las fuerzas de Ibarra y Echauri, aquel treinta y uno de marzo de 1820 (recuerdo, con claridad recuerdo, la confusión de los fieles que entraban y salían de la Iglesia esa gris mañana de Viernes Santo, al oír los disparos tan cercanos); luego, al mediodía, triunfante el caudillo, su elección como Teniente de Gobernador en la vecina casa de la familia Hernández. Me siento orgulloso de haber brindado seguridad a mi dueño durante esa jornada. Pero ¡con qué prestancia me exhibió don Manuel al concurrir el veintisiete de abril a la sala capitular del Cabildo, a firmar la proclama de la autonomía provincial!; me blandió con donaire hasta llegar al Cabildo y luego, sujeto con garbo bajo su brazo izquierdo mientras estampaba su firma al pie de la proclama, creo que yo fui aquel día para los presentes –todos me conocían- un símbolo de la firmeza con que el pueblo de Santiago estaba dispuesto a defender su decisión.

Reflexiono sobre el origen de mi deshonra: todo comenzó cuando ingresó Paula en la casa ¡Paula! Con su juventud y su belleza morena, de pómulos salientes. Con sus caderas rotundas y ese andar cadencioso, de movimientos lentos pero con algo de felino en ellos,

como si fuera una enorme gata en celo... Mi dueño, Don Manuel -chozno del otro Manuel, el de la autonomía- la aceptó como muchacha para todo servicio, para que ayudara a mantener en orden esta casona, la casa de las palmeras (como se la conoce en este vecindario apartado), y que antes fuera lugar de veraneo y quinta de fin de semana de la familia. Paula no tardó en tomar el control de todo. Mi dueño, solterón, misántropo, abúlico y enfermizo, siempre encerrado en la biblioteca escribiendo el cronicón familiar que le encargara un vago instituto, obsesionado por escudos nobiliarios y árboles genealógicos, se mostró indiferente ante las quejas de las criadas, aun de la que lo había visto nacer. Cuando lo advirtió ya era tarde: Paula se había introducido en su lecho y, desde él, manejaba la casa como la favorita de un Sultán, con modales altaneros, con los que reivindicaba varios siglos de sometimiento. Se apoderó hasta tal punto de la voluntad de mi dueño que, en pocos meses, había provocado el despido del resto del servicio, ¡hasta de la vieja criada que lo asistiera desde su niñez y que lo quería como a un hijo! Entonces, liberada de esa influencia, el dominio de Paula fue total. Sólo permanecieron empleadas un par de muchachas, que le respondían incondicionalmente; éstas venían por la mañana y a las seis de la tarde abordaban presurosas el colectivo en la avenida de la acequia arbolada, en la venida por la que hace pocos días pasara la caravana que acompañaba al presidente de la nación cuando llegó a

la vieja ciudad que cumplía cuatro siglos de vida. También quedó, habitando el cobertizo que da sobre la calle del fondo (donde alguna vez estuvo la caballeriza), Braulio, un mocetón contratado por Paula con vagas funciones de jardinero -que jamás cumplió- y presentado como un primo recién llegado del campo.

En mi último dueño parecían haberse agotado las virtudes que desde épocas remotas adornaron a los varones de la familia. La palidez que lo acompañara desde la adolescencia y su mentón desdibujado, mostraban que la energía que los caracterizara durante siglos se hallaba adormecida en él, y -quizá como compensación- pasaba largas horas en su biblioteca rodeado de polvorientos cartapacios, escribiendo la historia de hechos famosos que dieran lustre a su nombre, en extensos folios en los que la sangre de los Alarico, los Khindasvinto y los Recesvinto de la España visigoda entroncaba con la de quienes se destacaron en esta región desde la fundación misma de esta ciudad: Hernando, Nuño, Diego, Alonso, Joseph... Solitario, sin parientes cercanos, Paula se encargó de alejar a los pocos amigos que aún lo visitaban y que, cansados de los pretextos con que ella los interceptaba, pronto dejaron de hacerlo. Además, él, maduro y con poca salud, con un corazón débil que ya lo había puesto dos veces al borde de la muerte, ahora dependía por entero de ella. Paula sabía sacar partido de esa dependencia y, sobre todo, de la servidumbre a la que lo aherrojaba con los placeres que le

brindaba en el lecho voluptuoso. Ya habían pasado a su poder, una a una, las alhajas que pertenecieran a su madre. Pero hace poco logró su máxima aspiración: ha legitimado su amancebamiento, mediante una ceremonia llevada a cabo en la misma casa, con la sola presencia de las muchachas del servicio que actuaron como testigos, y el funcionario que celebró el casamiento. Era ya la heredera y no necesitaba canjear alhajas por placer, ni obtener rendidamente lo que ahora le pertenecía por derecho.

Desde el fondo cenagoso desde el cual ¡ay! ya no saldré, en la única compañía de los nuevos amigos que pretenden consolarme con su croar, viendo sucederse los días y las noches en el círculo inalcanzable que muchos metros arriba rodea el brocal del pozo, soporto los miasmas del agua estancada y maloliente que va carcomiendo mi otrora impecable caña de Malaca. Es injusto, injusto; debí terminar mis días con dignidad, admirado en el museo de la calle Urquiza, cerca de donde viví tantos años y donde me hubiera reunido con amigos que pertenecieron a mis mismos dueños, con el tintero exornado por la pareja de lebreles de bronce firmado por L'isle -con el que platicara tantas noches-, con la pistola que salvó a su dueño segando una vida en Famaillá y a la que envidio ¡sí, que envidio!, porque ella cumplió con la misión para la que naciera, no como yo.

Pero para mí pronto terminará todo, y de lo que he sido, no quedará más que una vieja hoja de metal herrumbrado en el fondo de esta mazmorra circular.

A veces creo ver asomarse por el brocal al abuelo Dámaso, el juez, que recorría la quinta con su escopeta y sus botas inglesas, azuzando a sus *terriers* ratoneros que atrapaban ratas en la copa de las palmeras, trepando con agilidad gatuna por algún tronco apenas inclinado. Entonces no existían las casitas iguales que ahora ocupan parte de la quinta, rodeando, acechantes, a la vieja casa de las palmeras, como si ésta fuera un león moribundo amenazado por cuzcos osados, que de noche la espían a través de los ojos de sus ventanas, mientras de día van estrechando más y más el cerco, al presentir que su final está próximo. (Desde mi húmeda prisión oigo quejarse a las palmeras que han perdido su copa; sus troncos, ensangrentados de sangre oscura, apuntan al cielo -colosales dedos rugosos- clamando por el abandono en que ha caído la quinta). Otras veces, me parece oír las voces de Carolina y Clotilde, las hijas de Dámaso, con sus vestidos blancos, sus sombrillas y su juventud radiante; lo primero que hacían al llegar a la quinta, era venir hasta el aljibe y refrescarse entre risas con el agua entonces cristalina. Y sueño que ellas me rescatan, me llevan otra vez a la casa rejuvenecida y llena de voces amigas, como entonces, como era entonces, antes de la muerte de los padres de Manuel, antes de su encierro solitario, antes de Paula, antes de la intrusión de Paula.



Creo que el destino va entretejiendo, día a día, la trama con que nos ceñirá finalmente. Si no ¿qué hizo que mi dueño dejara esa tarde su biblioteca para buscar a Paula en el viejo cobertizo, que hacía años no visitaba? ¿ Habrá sospechado algo? Creo que sí, necesito creer que sí, y que por eso me tomó al salir: no era de mi apoyo del que necesitaba —innecesario para un trayecto menor a una cuadra—, sino que, como en los viejos tiempos, un varón de la familia volvía a confiar en la ayuda que podía proporcionarle la afilada hoja de acero que, disimulada por el ropaje de madera, oculta por el ingenioso dispositivo, esperaba con lealtad, agazapada y letal, la ocasión de poder ser útil a su dueño.

Las voces que por la ventana salían del cobertizo, lo alertaron. Demudado, más pálido que nunca, apoyado en la pared ruinososa del aljibe en desuso, oyó la conversación infamante. Paula y su supuesto primo, desnudos y abrazados en el lecho, ¡disponían de la casa y de los muebles que habían sido de sus mayores, para cuando “el viejo muera” y entonces gozar juntos, en Buenos Aires, liberados por fin de su molesta presencia! Paula, con un ronroneo gatuno que él jamás le escuchara, brindaba a su amante detalles íntimos de su relación conyugal, burlándose de los seniles desahogos pasionales de quien era ahora su marido. Una risa fanfarrona, ofensivamente joven, complacida, de

macho satisfecho por la comparación de la hembra, resonaba como un eco de sus palabras. Un ramalazo de orgullo herido hizo que Manuel me asiera con furia. Fue como si la sangre de tantos varones heroicos que le precedieron, aletargada en él, bullera por fin en sus venas. Yo ¡Dios me perdone! contesté el apretón con un ligero estremecimiento dentro de su puño agarrado, confirmando que podía contar conmigo. Si hubiese seguido siendo sólo su manceba, los hubiera despedido a ambos con unos cuantos bastonazos. Pero ahora... ¡ahora era mi hoja de buen acero toledano la que debía actuar! Sentí que, después de casi dos siglos de paciente espera, mi existencia por fin se justificaba.

Mas la tensión fue excesiva para ese viejo corazón gastado. Apoyado en el brocal del aljibe, lo apuñaló el dolor que precedería a la muerte. Sólo alcanzó a gritar el nombre de la infame, nunca sabré si en desesperado pedido de ayuda o como reproche postrero. Yo me balanceé un instante sobre el brocal, haciendo equilibrios, hasta que por fin no pude evitar caer por este túnel vertical, rebotando contra las paredes mohosas, ante la sorprendente alarma de la sabandija.

Creo que si Paula me echó luego de menos, no imaginó mi paradero final. Y si lo imaginó, mi triste destino debe haberle complacido, ya que creo que yo fui siempre para ella un sím-



bolo de lo que más odiaba, de lo que hacía que, aun después del matrimonio, no pudiera evitar sentirse una intrusa en la casa de las palmeras.



TERCER PREMIO  
CARLOS ROBLES  
PROVINCIA DE SALTA

Cantata de los ciegos - *Cuento premiado*

Matar el Karma

Mi perro no ladra



## Cantata de los ciegos

Hasta que pudo encontrar las llaves de entrada al campanario, Ernenilda se llevó un gran sofocón. Comienzan a entrar los misachicos al pueblo desde temprano. Hoy, en el día de la Purísima y cumpleaños de mi madre, me ofrecí para tocar las campanas todo el día, las veces que sean necesarias. Para esta tarea requiero la colaboración de mi amigo Freddy. El cura dijo que me daría cincuenta centavos, treinta para Roberto, veinte para el ayudante. Con esas monedas me alcanza para regalarle algo. Así que, para dejar las cosas organizadas, le pido el dinero adelantado al padre Pijuán. Cumplo con la obligación de hijo. Subimos las escaleras destartaladas de la torre con cuidado. Crujen las bostas de murciélagos bajo nuestros pies. Una segura, la otra floja, falta la tercera. Hay que agarrarse del pasamanos porque hasta el suelo nos separa una altura considerable. Y no te cuento desde la propia plataforma con tres campanas: la mayor de buen temple y medio ronca, la del medio, trinante, acompañada, se complementan con la pequeña, nerviosa, saltona, con badajo de mano. Freddy es corpachón, maneja la soga con maestría y entusiasmo, combina conmigo, conductor de los otros instrumentos, una sinfonía de gritos y murmullos que encrespan a las palomas y las hace volar a lo largo de los techos de la vieja iglesia. Lechuzas y búhos trasla-

dan su morada habitual hasta las altas palmeras de Irrigación; no tendrán descanso durante el día ya que nosotros le damos duro al concierto en esta mañana de diciembre, vísperas de verano. Creo que mi hermano Carlos agarró por otra vía con el tema del regalo para mi madre. Lo veo desde acá entrar al almacén con la libreta. Déme, don Lorenzo, una lata de dulce de duraznos, la anota por favor. Se las verá negras para justificar la compra porque le dijo al almacenero que ponga una escoba en lugar del dulce. Esto como sorpresa para mamá. Comprendo, dijo don Lorenzo, y se hizo el desentendido.

Los misachicos con la imagen de la Virgen llegaban desde todos los ángulos con entrada hacia el pueblo, Pulares, Chivilme, Los Los, Escoipe, Las Moras, El Típal, Campo Alegre, justo por la tarde, cuando ya estábamos entumecidos de tanto repicar y faltaban minutos para el comienzo de la misa vespertina. Alcanzo a ver un minúsculo grupo de gente. No son más de seis, una procesión familiar, misachico personal, pienso. Pero pronto caigo en cuenta que son los mudos y ciegos de Astudillo. La muda Panta, haciendo de lazarillo, conduce, rebenques con mangos, látigos alargados, uno tras otro, al padre, la madre, los hermanos, todos ciegos excepto El Chunca que camina atrás de la fila india sin imagen ni oropeles. Sólo el hambre alberga sus estómagos. Portan unos instrumentos singulares para producir música, que ellos manejan con excelente

maestría, mejor disposición. Tres perros trotones, silentes, escualidos, cierran la patética murga. De cuando en cuando, uno de ellos se sienta para rascarse vigorosamente con la pata trasera derecha la parte posterior de la oreja izquierda, quiere gemir, sigue la marcha de zorro playero. No los dejan entrar a la iglesia, es demasiado el olor que traen en sus cuerpos cubiertos de ropas muy gastadas, con fuerte adherencia a humo y bosta de cabra, sudor, orina, y hasta un dejo inconfundible de caca humana. El sacristán, avisado de la troupe disponiéndose a entrar al templo, los deriva con pedazos de pan, mortadela, agua fría en jarras enlozadas, a un costado de la casa parroquial; la municipalidad se haría cargo de ellos. Cada dos meses se acercan al pueblo desde la quebrada donde viven, inaccesible por sus pedrones y paredes de roca, con una angosta entrada que los conduce hasta una explanada sobre el arroyo de Astudillo, afluente del río Chicoana. Ahora vienen en busca de avíos y mercadería para mantenerse en épocas de lluvia, crecidas de los ríos de montaña; quedarán aislados en su pobreza, en su paupérrima situación de desamparo e indigencia. Por eso los vecinos del pueblo se comiden, son solidarios; en dos días que acampan en los bajos del pueblo, junto al bosque de eucaliptus, les van acercando ayuda: calzados y ropa, arroz, frangollo, harina, sal. Van llegando las colaboraciones, y sus alforjas entran en plena alegría al recepcionar la sobrevivencia.



La muda Panta es vieja, renga de la pierna derecha. Entrada en carnes, se dificulta su andar. Viva y perceptiva, elige los senderos más trillados, siempre uniendo los rebenques desde su mano hasta las del Chunca, vidente pero tonto, con dificultades para hacerse entender por su dicción fuertemente gangosa. Luego vienen, en orden de aparición siguiendo a la muda, los viejos tata y mama, sombreros grandes, de fiesta fueron en alguna época, ahora lucen choteados, con el ala caída que ellos azucaran para dejarla rígida al llegar al pueblo; las moscas vuelan enloquecidas detrás de la melaza en la copa debilitada por tantos soles. Ya son tres, para no perderme en el orden de este contingente de opas y retardados. Me quitan el sueño de noche cuando pienso en su vida, comiendo quirusillas, frutas del campo, no les quedó ni oveja o chiva de la majada, fueron diezmadas a pura demanda de carne. El intendente prometió acercarles otras diez ovejas, diez cabras y dos lechones para su multiplico. Hay dos personas más: un adolescente de quince años, el Niño, le dicen. La otra, una chica de más de veinte, también ciega de nacimiento, innominada. ¡Uh!..., la llaman para nombrarla, ¡molé más fuerte el maíz en la pecana! El Chunca y el viejo le dan las órdenes. Ella obedece con una sonrisa por mirar el sol, encandilados sus ojos de vidrio opaco. Los vecinos los visitan, se quedan un rato, las alforjas se van llenando, mañana hay carneo en el matadero. Bomba, el operador municipal que todo lo dispo-

ne con diligencia y empeño, hará preparar la panza lavada, el libro del estómago, tiras de chinchulines, les darán la cabeza entera de una vaca baya que está en la capilla del desnucador. ¡Qué más necesita esta pobre gente! Ya vienen las lluvias, crecerán los ríos, esta temporada amenaza tormentas generosas por los cerros, los tizones en el mes de octubre ardían como espinazos fulguerosos en la quemazón de los pastizales, y eso anuncia lluvias y tormentas, avalanchas y volcanes que obturan las quebradas. Los muchachos guitarreros del pueblo acompañan esa noche a los visitantes, les pasan unos tragos de grapa. La vieja, con dos o tres gorgoteos, se agarró una macha sensacional. Ciega pero sabedora de los pasos que da, ordena un claro para el baile, oficia de bastonera, se sostiene en su marido. En la noche de tucos y luciérnagas, algún relámpago y seguidilla de truenos inicia la danza del quebradeño con el Chunca y la Panta soplando elementos artesanales que emiten cantos de pájaros, coros de angelitos. El Niño golpea una caja con sonsonete bagualero, canta con su voz atiplada de adolescente, lo acompaña la chica. El baile se organiza como un espectáculo único, alucinante, para retribuir atenciones hasta nuevo viaje, que será cuando el río baje sus aguas. Mientras, comeremos de este avío, y duraznos y cuaresmillos del cerro que nos harto churretean. La fiesta no se detiene por la falta de espectadores. Nosotros nos quedamos, tres o cuatro muchachos ocultos con curiosidad. Impresionante el

ceremonial. El Chunca arenga, la muda golpea un bastón sobre el piso de tierra, la vieja se ha dormido en el despatarro de su borrachera. El marido, con su barba rala de chivato, busca en el suelo espejismos de arroz, maíz pelado y porotos.

La cantata va decreciendo, temprano estaremos listos para recibir la carne, tarde entrada rumbearemos para la cueva que nos sirve de guarida, volveremos después de febrero. Ese día lo pasan visitando casas de notables en el pueblo, golpean las puertas, salen los propietarios. Ellos les brindan la danza cantada en sonsonete triste y monocorde. Los dueños de importante residencia los llenan de ropa, zapatos, medias, harta comida. Muy buena la cosecha de los carenciados.

Pero no volvieron, ni en marzo. Ese verano llovió en demasía y la boca de la quebrada se había taponado con piedras y ramas. Paredes Vega dijo que la familia era patrimonio del pueblo, algo les habrá pasado, quizás la correntada, tal vez un rayo, a lo mejor estarán bloqueados por el volcán. Se armó una expedición de rescate solidario al mando de dos notables del pueblo: Pablo Paredes Vega y el comisario Echazú. Freddy y yo los acompañamos en nuestros caballos. Era día sábado, no teníamos clase. El tobeano y el chuncho doradillo seguían al galope a la comitiva transportada en un tractor con acoplado, diez kilómetros de recorrido, tres por el cauce del

río para llegar a la quebrada. Con cuidado pisábamos los grandes peñascos, no había mucho sostén en las paredes, rodeamos la presa natural por una senda muy pronunciada. Los encontramos al pie de la cueva, tomando el sol mañanero. Alcanzamos a contar cinco. Faltaba uno. Pero no tuvimos que buscar mucho: en la conchana ahumada colgaban, en proceso de charqueo, los costillares y la cabeza del Niño.



## Matar el Karma

Para caminar todos los días hace falta férrea disciplina, voluntad ejemplar, bastante apego a vivir. No puede un individuo abúlico cualquiera darle gusto al talón sin sentirse a pocos días con tremenda propensión para abandonar el proyecto. Los que llevamos veinte años, y más, de inversión rentable en una mejor forma de vida, manejamos un como reaseguro orgánico cierto, comprobado. De ahí que el caminante busca, en distintas épocas del año, acomodar sus horarios en armonía con el período estacional que atraviesa. Ahora, por ejemplo, estamos a mediados de febrero. Casi sin percibirlo los días comienzan a ser más cortos, amanece después de las siete. Entonces adapto el inicio de mi circuito a la madrugada, seis horas diez minutos, liviano de calor, no tanto de humedad en este verano lluvioso, contento de hacer el recorrido en solitario, poca gente transita a esa hora, sólo en las primeras tres cuadras de mi casa al este. Luego el trayecto se vuelve fácil, el clima ideal para ordenar pensamientos.

No todas las caminatas son iguales, algunas tienen ribetes curiosos, extraños. Hoy, por eso lo consigno a media tarde todavía impresionado por la experiencia vivida, sin saber de dónde me salió al cruce, en medio de varias personas que esperan el ómnibus sobre la avenida, un perro blanco, con mancha marrón en el costado dere-



cho de su cabeza, que se prolonga hasta la terminación del cuello. Un collar hecho de lonja curtida le ciñe su garganta. Tiene cuerpo alargado, sin dudas por sus ancestros salchichas. Predomina en él la raza criolla. De nuevo sus patas cortas hablan de su parecido al *hot-dog*. No puedo definir su raza, no estoy para eso, tampoco me interesa que me siga como lo hace. Se acercó olfateando mis pantalones dos veces. En casa tenemos tres perros, detectaría el olor canino. A mí el suyo no me gusta. Lo miro con fijeza, tiene olor a caca humana. Le chumbo: -¡Retírese!... Sigue su trotecito adelante, parece haber perdido interés en mí. Cruzó la calle tratando de aumentar distancia, corre un poco, ya está conmigo. Ahora camino por el Paseo Güemes en dirección al Monumento, lo dejé atrás apurando el paso; pero enseguida, con un apurado y corto trote, me alcanza. Parece querer refregarse un poco. De nuevo advierto con nitidez el feo olor que lo envuelve. Subamos al pie del Monumento, me digo, quizás con el verde del pasto quiera retozar y me deje tranquilo. En efecto, da vueltas sobre sí mismo sin perderme mirada. Luego se apura, me supera, se coloca tres pasos adelante, disminuye la velocidad, por poco me enredo en su estirada figura. No, no lo patearé, no le diré: -Perro de mierda, ¡váyase de aquí!..., pero seguro que me desprenderé de él en el trayecto. No me veo entrando a la Catedral a rezar mis oraciones con este cuzco insólito pisándome los talones, despidiendo tufo nauseabundo. Se habrá



revocado donde su amo, quizás borracho, defecó; después vino la policía, cargó al beodo que amenaza matar al presidente por mal mandato, y queda el perro sin dueño en la oscuridad. Lo único que me complace de su seguimiento entusiasta es que no voy acompañado por la muerte. Los perros tienen buen olfato, mejor intuición en estas cosas. Aullaría a garganta doliente si percibiera a la maldita aguitándose.

Pero, así las cosas, es mucho pensar suponer que llegue a mi casa con un perro tan feo, sucio, orillero. La Bullterrier se le echará encima. Otra Foxterrier pelo duro, más mala que un arácnido, se le prenderá de su oreja. No, esto hay que tomarlo de manera inteligente y rápida. Perro molesto, nunca bienvenido, debes comprender que no soy tu amo. De tener animal doméstico de tu especie elegiría un ejemplar alsaciano, entrenado contra los opas solemnes y locos imbéciles que pululan en toda época, hacen erupción en tiempos de crisis. No me gustas, perro, verás cómo me libero de tu compañía en un santiamén. Camino ahora por Avenida Uruguay. Casas bien construidas, barrio residencial, porteros electrónicos al costado de la entrada resguardada por fuertes rejas. Alguna habrá, pienso, que no se cierre con llave. En efecto, después de tantear varias, encuentro una hoja que cede con facilidad. Abro la puerta, lo llamo: -Venga, Pichilo. Alcanzo su collar y, con fuerte tirón, lo zambullo en el jardín de cuidado césped, cierro la puerta, listo.

¡Aj!..., mi mano izquierda con un olor infernal. Creo, también por adherencias de excrementos de mis semejantes. Mala madre, perro infame. Cruzo calle Leguizamón. Una correntera que baja del cerro me lava las manos. ¿Qué hará este hombre raro, agachado en la palidez del amanecer, refregándose con aprensión y manifiesta contrariedad los dedos, uno por uno? Terminada la limpieza tengo al perro otra vez a mi lado, tomando el agua clara y fresca. Resbala, cae en el piso de musgo jabonoso, da dos vueltas, queda mojado. Se acerca de nuevo, sacude en tres remezones, me salpica con generosidad agua y olor. No me gusta el cariz que van tomando las cosas. Este perro, ¿por dónde se habrá escapado? Supongamos que sea ágil, saltaría las rejas, creo que tenían cerca de un metro de altura. ¡Hum!..., pero ya veremos la próxima. Me convierto en un furtivo manoteador de picaportes. No, éste no, tampoco; pero éste sí. ¡Ah!..., y tiene rejas altas, toda una fortaleza la casa elegante de dos pisos, con balcón del dormitorio principal a la calle. ¿Y si sale el dueño de casa -¡socorro, ladrones!-, y con un trabuco de balas oxidadas me revienta las pocas neuronas que me quedan con el grito de ¡Alto, quién vive!, y el estampido desaforado del arma decimonónica? ¡Ah, no!, pero esta oportunidad no la puedo desear. Con que puerta abierta con la izquierda, perro adentro con la derecha, chau, monstruo que me quitas el mejor momento del día para pensar en soluciones a tan afligentes problemas que nos

tocan vivir. Corro, ya llego a la esquina, ahora doblaré en un ángulo agudo, calles Uruguay y Virrey Toledo. Me esconderé un rato en el portal de esta casa, no pasará de largo si es brujo y puede salvar la valla imposible. Pero sí, es brujo, quizás abrió la puerta con sus patas delanteras, corrió olfateando, llega hasta mí, husmea, luego apunta su hocico hacia mi cara. Como los dos olemos igual, ahora es más fácil detectarme. Ya está amaneciendo, todo hace suponer que treinta minutos después me las veré en figurillas para atinar de nuevo al centro. Camino cabizbajo, como agobiado por tanto problema sumado a esta aparición que se obceca en seguirme a sombra y luz. Será mi Karma, pienso. Esto es sugestivo: un perro en busca de alguien que no conoce, con trote duro, silencioso, sin cansancio a la vista, recorrerá tres circuitos sin inmutarse, me verá sacar la lengua, esperará paciente que me desmaye, son mis acciones, incluso pueden ser mis otras vidas como creen los hindúes, es el compendio y síntesis de mis errores en épocas antañas, que se corporizan en un perro sin elegancia, hasta algo de astroso tiene con ese collar, ese color, todavía más, el olor.

Camino con una carga nueva encima, la de otras vidas. Ya no alcanza con la actual, hay que aumentar sufrimientos, alargar calvarios. Esta existencia que me toca en suerte todavía pide más calamidades, quiere sacarme los pantalones para arriba, estará feliz si blanqueo los ojos en estertores agónicos. El amanecer se convierte de

nuevo en oscuridad. Me desplazo desmañado, con los hombros bajos. Pobre ese tipo, pensarán los ciclistas que me cruzan rumbo a su trabajo, ¡cuánto esfuerzo se ve que hace para vivir!... Tres o cuatro cuadras caminamos juntos, es una forma de decir, ora va adelante como abriendo camino, luego se queda rezagado, huele las paredes, orina un chorro pequeño donde se para, continúa, se cruza, me hace tambalear con sus gambetas. Sigo empeñado en encontrar un lugar seguro para él. Puerta angosta de tablas, vivienda modesta con zaguán largo que se conecta, al parecer, con departamentos atrás, una verja de ladrillos revocados, tiene más de un metro cincuenta, la puerta no está con llave, sí tiene pasador por adentro y mis dedos pueden correrlo con facilidad, la casa no está cuidada, planta baja, nadie viene por la avenida. -Picho, vení. Saco un caramelo, el que me levanta el azúcar en la caminata, lo hago descuidar, se acerca, toma el bocado con delicadeza. Yo, con salvaje tirón, lo proyecto adentro a casi dos metros de la puerta. Seguime ahora, delirium tremens de mis peores pesadillas, concatenación residual de aberraciones seculares, qué tengo que ver yo, habitante de duras épocas, náufrago de huracanes y tifones, con sospechosos destinos de vidas equivocadas. Camina rápido, te alcanzará de nuevo, trata de llegar a la estación de servicio del shopping, no te des vuelta, la mujer de Lot no tenía tanto olor como vos. He corrido casi tres cuadras, parezco liberado en serio esta vez. Me apresto a

suspirar cuando lo veo corriendo, contento, mueve la cola. Al fin te encontré, amo, ¿por qué te empeñas en deshacerte de mí? No te daré trabajo, cubriré la tercer perra que tienes en casa, esa ninguneada de nombre Copita, la más caschi, criolla, pero limpia, querida, tendremos cachorros, seremos muchos más, como familia. Estamos llegando a la intersección de avenidas, hay mucha luz, artificial, no han apagado la iluminación nocturna. Natural, el sol va a chispear con destellos radiantes en un momento más. Estoy frío, pensante. Mi segmento de sicópata perruno se manifiesta con serenidad, total resolución. Los semáforos están todos en rojo. Camión Scania y ómnibus sobre Avenida Entre Ríos. Un auto pequeño con mocooso envalentonado al volante, que acelera nervioso esperando luz verde por Virrey Toledo. También una ambulancia con luces giratorias verdes, sin sirena; una señora joven y linda, al parecer en salto de cama, cubierta con saco liviano, lleva a su marido al trabajo. Todos esperan paso lumínico. Reto al perro: ¡Atrás, Casquín!... ¿De dónde me salió este nombre? Cruzo corriendo en diagonal. Sobre la pared del Club Gimnasia hay unos carteles de campaña política recién pegados. Miro a Casquín, está indeciso. Ahora me arrodillo, golpeo las palmas de mis manos. -¡Adelante, Casquín! Me levanto, repito el golpe en las piernas. El perro arranca enloquecido de gusto, por fin mi amo me acepta. Los semáforos en verde ceden el paso, todos arrancan. El muchacho acelera, salvaje.



Casquín está a mitad del cruce y lo levanta en vilo para arrojarlo bajo las ruedas del Scania.

Hay gente a esa hora, se acercan con cuidado una vez despejada la circulación. Casquín yace reventado, más largo y chato que de costumbre, el collar le queda grande y ha cambiado de color. Miro con atención, a ver si los espíritus de guerreros españoles, monjes misioneros, alguna odalisca, financista frustrado, salen aullando del cuerpo de Casquín. Nada, no es más que un pobre perro muerto. Yo, un infeliz individuo vivo, con olor a caca humana, los hombros caídos, que se encamina directo a la ducha para purificar sus crímenes.

## Mi perro no ladra

Por mi oficio como adiestrador de perros, con escuela canina propia y un criadero de diversas razas de estos amigos del hombre, me gano el cómodo sustento para progresar modestamente, y algunos mordiscones que configuran señales, muescas y cicatrices en mi anatomía, ya de por sí sufrida, aunque fuerte de cuerpo y espíritu. Vivimos en las afueras de la ciudad. Mis padres me dejaron un terreno de tres hectáreas que yo fui cerrando con alambrado perimetral desde diez años a esta parte, y sirvió para construir instalaciones cómodas que albergan cien ejemplares, entre madres, padrillos, cachorros en sus distintas etapas de crecimiento. En total son cinco razas las que reproduzco, y algunos experimentos con manipulaciones genéticas que escapan a veces de los cánones normales, pero sirven para alumbrar interesantes muestras sobre lo que es capaz la curiosidad y el continuo investigar en cualquier disciplina donde el hombre ponga su mente al servicio de la técnica.

No podría contar esta historia si la suerte me hubiera abandonado ese atardecer frío, para el olvido. Logré superar la desgraciada experiencia, pero es imposible evitar que me haya dejado secuelas difíciles de olvidar por la agresión sufrida, afectiva y emocional, y por la esencia misma del machismo, avasallado. Pero así son los avatares de la naturaleza humana, y no contarlos conlleva a una repre-



sión todavía más nociva. Después de todo, y a pesar de todo, callando mi estupor y amargura, luego del suceso logré vender el complejo canino, casa habitación incluida, para instalarme en esta soledad de los picos cortados con serruchos celestiales, con un cielo azul negrino, constelación de estrellas, una más brillante que la mirada recién, y la hermosa laguna como marco para soñar que aún Dios existe.

Desde chico proyecté, y a eso viene esta tarea de criar perros, un exponente para mi orgullo y satisfacción: debe poseer pecho ancho, desarrollo pleno en altura, patas y muslos firmes, bien elongados, una cabeza altiva en la que no esté ausente la inteligencia, complexión de mandíbulas cuadradas, dientes poderosos, y una mirada entre feroz diabólica, con instintos bien definidos. En la experiencia con Rottweiler, Bull Terrier, Dogo Argentino, pasaron años, hasta que una hembra Boxer dio a luz la lechigada de la cual se desprendió Zorba, cachorro para el asombro por alcanzar la perfección de mis objetivos a través de paciente y larga trayectoria de *criss-cross*. Mientras, los cachorros sin *pedigree* ni papeles a la vista, por tener padres no ortodoxos en las cruas caninas, pasaban a criadores con campos propios en las estribaciones del chaco, orgullosos de estos ejemplares que quebraban de un solo golpe con sus potentes quijadas y sus gozosos colmillos clavados inclementes en la posternación de la presa.

Separé al cachorro a los sesenta días. Había recibido varias ofertas de compra atraídos los interesados por su color barcino, de barro con palos, y manchas blancuzcas en el lomo y ancas. La cabeza tenía un singular triángulo que le cubría la mitad de la cara. Con su porte, apenas abiertos los ojos, dominaba la camada al pararse con sus patas abiertas, plexo amplio y musculoso, mirada febril, y mordía cualquier objeto, callado, con la cabeza erguida que se agachaba en el ataque.

La casa que construí, esperando terminarla para buscar novia, casarme y disfrutar una familia idealizada, estaba separa del criadero y sus instalaciones por un muro de crataegus y alambre alto, fuerte, con hilos de púas en altura. Entre construcciones y parque, disponía de cinco mil metros cuadrados donde armé un pequeño espacio para que los críos retozaran. Me gusta planificar y, si son cosas de mi afecto y expectativas felices, lo hago con dedicación y esmero. Zorba se instaló como amo y señor en este predio. Tenía su casilla bien construida, sin entrar en la estructura de canil, y retozaba suelto para no entorpecer sus movimientos ni crear en él animosidad por falta de libertades. Sólo se requirió de correa y trailla para su aprendizaje de defensa y ataque, saltos con obstáculos, cuidado de niños, simulacros y salvataje en incendios y situaciones de riesgo, todo esto realizado en forma personal y con largas horas descuidadas a las tareas normales.

Cuando me casé, Zorba tenía dos años. Ya era un ejemplar orgullo de la especie canina, raza todavía por fijar de acuerdo a comportamiento y actitudes a través del tiempo. La mujer que me tocó por esposa y compañera reunía, como Zorba, las condiciones de hembra ejemplar; aunque, si se lo mira en retrospectiva, su característica principal eran sus ojos de leopardo al acecho, verdes en la superficie, profundos y enigmáticos, instintivos, insatisfechos en el fondo de su mirada fija con poco parpadeo. Por lo demás, su figura, cuerpo, cara y cabellos, altura, proporciones, sensualidad y suaves maneras atraían apenas conocerla, más con su voz de ronroneo gatuno, cálida, sugerente.

Apareció por el escritorio del complejo, buscaba unos cachorros de Bull Terrier. Pronto entendí que el objetivo era adiestrarlos para peleas en la frontera con Paraguay, dijo ser chaqueña. -«Típa», me dicen. Me llamo Jorgelina Malarca, mis padres eran gitanos de Almería que emigraron a la Argentina por su espíritu aventurero. Volvió todos los días de una semana para elegir cachorros, los mandó a Clorinda y se quedó conmigo, enamorados los dos. Ella, Típa, encantada con el entorno y mis aptitudes para organizar la vida toda. Yo, empresario, dueño, pero no absoluto, de mi soledad, en busca por silbatos de la naturaleza de una mujer para procrear en normal designio de vida y afanes.

Después de los cuarenta años la vida de un hombre se estabiliza y

ordena con sinfonía armónica, o se desequilibra de una vez para dar por el suelo con la naturaleza anarquizada del individuo. La mía, por suerte, corría por carriles sincronizados. Éramos felices en el bienestar hogareño. Las tareas de mi empresa se vigorizaban, me había empeñado en traer del exterior machos con buenos orígenes para perfeccionar y darle renombre a los ejemplares que salían con sello de garantía, prestigio, y creciente demanda.

Pero Tipa, mi mujer, a pesar del año que llevábamos casados no daba muestras de embarazo, ni un atraso, alguna señal que motivara mis expectativas. Soy potente en el aspecto sexual, tengo dos hijos no reconocidos por quienes velo en la medida en que mi conciencia lo demanda, pero los hijos legítimos, de un casamiento legal, no vienen. Hablé con Tipa para que se someta a estudios que puedan ayudar a la concepción. Ella no se mostró muy entusiasmada con la idea. No dijo que sí, tampoco protestó: -Todo está en orden, no te impacientes, ya quedaré embarazada. No me dijo: «Vendrán nuestros hijos para alegrar y poner el sello de felicidad en nuestras vidas». Parecía machorra, pero su naturaleza estaba en plena ebullición, respondía con fogosidad a mis requerimientos, aunque en estos últimos meses la noté muy concentrada en la atención de Zorba a quien prodigaba generosas caricias, besos en la cara, en su boca de fauces importantes. El perro respondía meneando la cola, varias veces observé que su miembro se agarrotaba en forma

ostentosa, como un hierro al rojo vivo. -Cuidado -le dije a Tipa- El animal es puro instinto, no le acerques tus manos a sus partes pudendas, no puedes masajearle los testículos, lo excitas, no sé qué juego raro es éste. Y me retiraba contrariado. Pero de tanto tratar con los perros y sus reacciones, pronto lo olvidaba. Cosas de mujer sin hijos que acaricia al perro por puro sentimiento maternal.

Zorba, en tanto, observa un comportamiento atento como guardián, presto a arrojar sobre alguien desconocido, no ladra, quizás un gruñido sordo ronda en su garganta cuando se enoja, pero siempre silencioso, soberbio, emana respeto, y hasta miedo.

Terminé mi faena ese día un poco antes que de costumbre. Eran las seis de la tarde. Por regla general recién aparezco por la casa después de las siete y media. Recordé que podría avanzar cortando los crataegus que envalentonados con las lluvias del verano echan a volar sus gajos espinosos y hay que controlarlos a tiempo antes de provocar un matorral. Las tijeras de podar están en el cuarto contiguo al lavadero. La casa está en silencio, mi mujer suele mirar televisión con bajo volumen. Retiraba la herramienta de largas hojas afiladas para cercenar de un solo golpe los vigorosos ramales, cuando alcanzo a escuchar el ruido de la ducha saliendo a pleno. Tipa se estará bañando, Zorba no sale a recibirme. Me acerco al dormitorio con baño en suite. Por las cortinas de la bañera, un espeso vapor emerge hacia la salida cubriendo parte de la habitación en semi



penumbra. No era mucha mi curiosidad pero algo me hace avanzar hacia la cama. Hay dos velones rojos encendidos a cada lado del lecho conyugal. Hay un fondo negro en la superficie de las sábanas, almohadas, una bata de dormir, ropa interior apoyadas en la silla. Al enfocar el núcleo de la escena, mis ojos miran con terror un cuadro que supera la recepción del pensamiento: apoyada sobre almohadones negros, Tipa, de quien veo sus largas piernas y pies arrodillados, ha volcado su cuerpo en posición de cúbito canino, mientras Zorba la cubre con su cabeza erguida, sus patas delanteras sobre su espalda, fornicación con salvajes golpes de catapulta, causa estertores en Tipa que se encoge y se suelta con voluptuosidad de hembra liberada de razonamientos. Sodoma y Gomorra se me patentizan en un *flash* desesperante, busco los peñascos de la caverna para comprobar que el juego de luces me cobra una mala pasada en mi imaginación. Grito: ¡Zorba!... con alarido infrahumano. El perro a punto de eyacular da vuelta su cabeza inteligente, de ojos secos y brillantes, deja la vagina ardiente, y en un salto bestial busca mi garganta. El fuerte empujón me tiró de nuca al piso para ser víctima fácil de sus fauces abiertas que buscan la parte vulnerable, la yugular, con seguridad. Yo no le di tiempo: con las tijeras cerradas apreté a la altura de su pecho, y el mismo empujón sirvió para horadar con mi fuerza reconcentrada las entrañas en busca del corazón. Las tijeras escarban con mi mano izquierda. Con la derecha

me introduzco en el tajo abierto, logro apretar hasta que aurículas y ventrículos revientan bajo la presión de mi pulso potenciado por la incongruencia que estoy viviendo.

Zorba está exangüe. Alcanza a clavar sus dientes en el costado derecho de mi cara. Una parte del labio inferior me sangra con profusión, no puedo ver de ese lado, parece que el párpado quedó afectado por la animal dentellada.

A rastras llego hasta la cama. Tipa yace encogida sobre los almohadones. -¡A mí no!..., me dice, ¡a mí no me mates!... Hago chasquear las tijeras con furibundos golpes al aire. Busco papel y birrome en la mesa de luz a mi costado, donde anoto por las noches si algo se me ocurre para el día siguiente. Le ordeno: -¡Escribe, para no matarte!, escribe despacio “Confieso que mi esposo me encontró en pleno acto sexual con Zorba, nuestro perro. Es una desviación por la cual pido perdón. Abandonaré esta casa, no tengo nada que reclamar”.

Hecho esto, me explica: es una costumbre adquirida en mi adolescencia. La atracción por los perros es algo superior a mí. Yo los educo, me obedecen, los instruyo en el arte de servir mi cuerpo. Los atraigo ciegamente, se convierten en instrumentos de mi voluntad, como Zorba que hacía el amor mejor que cualquier hombre por mí conocido.

Firma el papel, un intenso olor a perro mojado invade mis narices,



me envuelve y asquea. -¡No te muevas!, le digo. Alcanzo a hacer tres llamadas por teléfono, la policía, un médico, un escribano, para dejar constancia en el lugar de los hechos sobre tan contra natura proceder. -Yo lo bañaba, me dice llorando, siempre me penetraba jabonado, era más limpio que tú, más puro, con sentimientos de fidelidad absolutos. Y se queda aletargada, en un ronroneo esquizoide.

Ahora, recluido en este paraíso que es la laguna y su entorno en los altos Valles Calchaquíes, he sido designado cuidador sin sueldo de este hermoso espacio. Los propietarios me dijeron que trate de sacar algún beneficio con la atención de los turistas, viajeros. Tengo tres habitaciones para hospedarlos. Mis necesidades son básicas, cuento con mis ahorros y, como no puedo con mi genio, me dedico a manipular la genética de los pejerreyes que parecen lapiceras biromes por falta de cuidado en la cría. Puedo mejorarlos con tranquilidad, seguro de que no causarán estragos como mi raza soñada de perros, que tuve que olvidar para evitar la aparición, en cualquier momento, de un monstruo instintivo, sexópata, por la convergencia de experimentos alucinados y una mente débil, influenciada por corrientes tortuosas, satánicas.



## ÍNDICE

### PRIMER PREMIO RENATO PERALTA PROVINCIA DE CÓRDOBA

Oscuro maestro Toba	9
Extracuerpo	23
Cena de muerte	31
Entre caballeros	41
¿Quién mató a la Lola?	45
Carne para las llamas	61
Los enterrados	71
El canto de la sirena	77

### SEGUNDO PREMIO RAÚL JORGE LIMA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

El viaje (1840)	87
La función de gala (1910)	91
Catálogo de pasajeros a Indias	97
El hilo de Ariadna	103
El bastón de estoque (1953)	111

### TERCER PREMIO CARLOS ROBLES PROVINCIA DE SALTA

Cantata de los ciegos	125
Matar el Karma	133
Mi perro no ladra	141



## AUTORIDADES

Sr. Gobernador de la Provincia  
de Buenos Aires  
Dn. Felipe Carlos Solá

Sr. Gobernador de la Prov. de Catamarca  
Dn. Oscar Aníbal Castillo

Sr. Gobernador de la Prov. del Chaco  
Dn. Ángel Rozas

Sr. Gobernador de la Prov. del Chubut  
Dn. José Luis Lizurume

Sr. Gobernador de la Prov. de Córdoba  
Dn. José Manuel de la Sota

Sr. Gobernador de la Prov. de Corrientes  
Dn. Horacio Ricardo Colombi

Sr. Gobernador de la Prov. de Entre Ríos  
Dn. Sergio Alberto Montiel

Sr. Gobernador de la Prov. de Formosa  
Dn. Gildo Insfran

Sr. Gobernador de la Prov. de Jujuy  
Dn. Eduardo Alfredo Fellner

Sr. Gobernador de la Provincia  
de La Pampa  
Dn. Rubén Hugo Marín

Sr. Gobernador de la Prov. de La Rioja  
Dn. Ángel Eduardo Maza

Sr. Gobernador de la Prov. de Mendoza  
Dn. Roberto Raúl Iglesias

Sr. Gobernador de la Prov. de Misiones  
Dn. Carlos Eduardo Rovira

Sr. Gobernador de la Prov. del Neuquén  
Dn. Jorge Omar Sobisch

Sr. Gobernador de la Prov. de Río Negro  
Dn. Pablo Verani

Sr. Gobernador de la Prov. de Salta  
Dn. Juan Carlos Romero

Sr. Gobernador de la Prov. de San Juan  
Dn. Wbalduino Acosta

Sra. Gobernadora de la Prov. de San Luis  
Da. María Alicia Lemme

Sr. Gobernador de la Prov. de Santa Cruz  
Dn. Néstor Carlos Kirchner

Sr. Gobernador de la Prov. de Santa Fe  
Dn. Carlos Alberto Reutemann

Sra. Gobernadora de la Provincia  
de Santiago del Estero  
Da. Mercedes M. Aragonés de Juárez

Sr. Gobernador de la Prov. de Tierra del  
Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur  
Dn. Carlos Manfredotti

Sr. Gobernador de la Prov. de Tucumán  
Dn. Julio Antonio Miranda

Sr. Secretario General del CFI  
Dn. Juan José Cíacera







Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2002  
en *Gráfica Integral*, José Bonifacio 257, Buenos Aires, Argentina.

## CONCURSO PREMIO FEDERAL



El Consejo Federal de Inversiones, a través del Programa de Cultura, desarrolla acciones con el propósito de fomentar la producción artística provincial, promoviendo el desarrollo y el fortalecimiento de nuestra identidad cultural, coherente con su función como organismo federal al servicio de las provincias argentinas.

Además de organizar las dos ediciones del Concurso "Premio Federal" junto con los organismos de Cultura de cada provincia, el programa centró sus actividades en establecer la Red Federal de Cultura, brindando Jornadas de Asistencia Técnica en Administración Cultural y Cursos de Capacitación en diversas ramas del arte, dirigidos a funcionarios y artistas de todas las provincias. Esta tarea se realizó a través del sistema de videoconferencia, actividad inédita en el país, y contó con el apoyo de la red de Centros de Acceso provinciales del CFI.



CONSEJO  
FEDERAL  
DE INVERSIONES

Auspician



CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

San Martín 871 (C1004AAQ)  
Cdad. de Buenos Aires, Argentina  
Telefax: (011) 4317-0700  
[www.cfired.org.ar](http://www.cfired.org.ar)